

UN CHAVAL DEL MONTÓN

Antonio Bernal González

Gavà, 2019

Contenido

Presentación

El destierro (no incluido)

Adiós al garabato

La banda de guerra

La bisoñada

El reloj de Mariarrita

La princesa de Curlandia

Presentación

Estas seis historias son la reconstrucción de los primeros diez años de mi vida. Fueron escritas teniendo en mente a mis descendientes, para que sepan con certeza cómo era la vida en tiempos de sus antepasados. Quizás así aprecien lo que tienen en su tiempo, y comprendan que no siempre es real lo que dice la copla de Manrique: *todo tiempo pasado fue mejor*.

De la primera historia, *El destierro*, tengo apenas un par de recuerdos muy borrosos, por lo que está basada en conversaciones con Papá y Mamá, con mis tías y con Claudio a quien visité semanalmente los últimos años de su vida. Pude, además, visitar varios de los lugares que describo, como las casas de Pascasio Uribe, Bomboná y Maturín, y el pueblo de Alcalá, al que fui con Papá de viaje hacia Popayán, con Ángela en 1991 y regresé en 2017 para encontrar un pueblo transformado, aunque seguía conservando una de sus características de setenta años atrás: su falta de atractivo para vivir allí.

En *Adiós al garabato*, *La banda de guerra* y *La bisoñada* narro los primeros años en Bello, esos sí basados en recuerdos personales que tengo muy nítidos. Los personajes y las situaciones, como en las de las demás historias, son reales. El reloj de Maria Rita lo escribí cuando murió en Bogotá un primo mío a quien no conocí, que era el mayor de los que quedábamos vivos. Entonces uno de mis hermanos dijo que ahora quedaba como decano de todos – fuimos en total setenta y siete--, Julio González. Cuando lo escuché, se me vino a la mente el recuerdo de mi niñez que narro en esa historia.

Por último en *La princesa de Curlandia*, cuento la historia macondiana que ocurrió entre unos inmigrantes alemanes que vivían al frente de nuestra casa, y otros vecinos, esos sí colombianos, tan allegados a nosotros, que a la hija menor, Niza, la hemos considerado en mi familia casi como una hermana más. Los sucesos, aunque parezcan increíbles, son verídicos.

Sólo me queda soñar que mis descendientes lean estos escritos, de generación en generación. Así me conservaré vivo en su memoria.

Gavà, 8 de septiembre de 2019

ADIOS AL GARABATO

Mamá recibió las dos llaves, la del portón verde de la entrada y la de la puerta gris del solar, atadas con una humilde cuerda de cabuya.

—Gracias don Nicolás —dijo con timidez, pero con alegría.

Tenía motivos para estar contenta. Desde que subió el quicio de la entrada estaba recelosa porque se acordaba de la impresión que le causó la casa de Alcalá cuando entró a ella por primera vez: el embaldosado cubierto por una capa de polvo que renacía durante la noche aunque en el día se limpiara con jabón de tierra y cepillo de coco; la colonia de alacranes que salió a su encuentro el día de la llegada; el calor infernal que se podía coger con la mano las veinticuatro horas del día. En lugar de una letrina que se limpiaba vaciando en ella con fuerza un baldado de agua, esta nueva casa tenía un sanitario con un tanque que se llenaba automáticamente y se vaciaba tirando de una cadena. Incluso el revoque de las paredes que podría delatar el origen modesto de la construcción, porque estaba hecho con cagajón, se disimulaba con una capa inmaculada de cal blanca que le daba luz y amplitud a la casa. No era una casa grande, pero era suficiente, con su patio interior, su solar, sus dos piezas en galería y su cocina de leña. Estaba a pocos pasos del parque principal que tenía una espléndida iglesia en la que el cura párroco era Rogelio Arango, un primo segundo de mamá. Contiguo a ella quedaba el Palacio Municipal, sede del gobierno local, con la oficina telefónica donde Mamá podía ir a llamar a sus hermanas.

Después de que se fue don Nicolás Sierra, Mamá se quedó en la cocina, ensimismada, fantaseando con que ahora viviría en un palacio, cuando oyó tres golpes en la puerta. Miró y vio a dos muchachas más jóvenes que ella —Mamá no llegaba a los treinta años—, que habían entrado y ya estaban en el comedor.

—Buenos días —dijo la más alta—. Nosotras somos las vecinas de la casa de enseguida y venimos a ponernos a la orden para lo que necesite. Yo soy Chila Franco y ella es mi hermana Amalia —y continuó sin dar tiempo a que mamá respondiera una sola palabra—. En realidad somos cuatro pero mis hermanas Blanca y Vitelma regresan del trabajo por la tarde. Vivimos con mi hermano Edilberto y con mi mamá, pero ella no pudo venir porque está muy decaída la pobre y lleva tres días en cama.

Mamá tuvo que cortar el discurso y saludó tendiéndoles la mano.

—Mucho gusto. Lucía González de Bernal.

Luego nos presentó a mi hermana y a mí. Yo, sin cumplir los tres años, no me di por enterado; Conchita se escondió detrás de Mamá, aferrada a su falda.

Fueron las primeras amigas que Mamá tuvo en Bello y ese encuentro fue el principio de una amistad que duraría toda la vida. Personalmente tengo un recuerdo muy vívido de cada una de ellas, de sus dos hermanos, incluyendo a Conrado que estaba casado y venía a visitarlas de vez en cuando, pero en especial de la madre, doña Bárbara, a quien puedo visualizar con gran realismo, recostada en su cama, con la cabeza puesta en una carpeta blanca de crochet que pendía de la cabecera. Mamá decía que doña Bárbara, que había sido maestra, me tenía mucho cariño e intentó enseñarme los rudimentos de la lectura,

empezando por las vocales, divididas en llenas y débiles. Yo, por supuesto, tenía otros intereses, ajenos a esos tecnicismos y reservé mi derecho a aprender los secretos de la lecto escritura, para tres años después de boca de la Hermana Elvira, en el colegio de señoritas de la Presentación.

Como casi todas las casas de pueblo de la época, la nuestra no tenía desarrollos tecnológicos. Lo más moderno que había en ella era un entramado de alambres eléctricos que recorrían la sala, las dos piezas y el comedor, pegados con grapas a las alfardas del techo. Del centro de cada una de esas estancias pendían dos cables: uno que se descolgaba vertical y tenía en el extremo una bombilla eléctrica y otro que bajaba en diagonal hasta la pared, con un interruptor para encender y apagar la luz. La cocina no tenía bombilla. Cuando ocupamos la casa no la necesitaba porque la luz que entraba por la puerta se reflejaba en el encalado radiante de las paredes y la iluminaba durante las horas diurnas. Pero con el tiempo el humo del fogón fue ennegreciendo paredes y techo y la cocina se convirtió en un antro oscuro en el que la única iluminación venía de las llamas del fogón.

El primer contacto verdadero con la tecnología lo tuvimos por sugerencia de las Franco. Mamá iba casi todos los días al palacio municipal, llamaba a mis tías desde la oficina de teléfonos y conversaba un buen rato con ellas. Un día Chila Franco le dijo:

—Doña Luci. Usted por qué no hace solicitud para que le pongan un teléfono en la casa y así no tiene que ir al Palacio a llamar.

Dicho y hecho. Mamá hizo la solicitud y a los pocos días vinieron a instalar el teléfono. Lo pegaron de la pared, en la sala, que quedaba justo después de la puerta de entrada. Era negro, con el tamaño y la forma de una caja de zapatos, con un gancho metálico en uno de los lados para colgar la bocina. En ese tiempo los teléfonos tenían el auricular y el micrófono separados, pero ésta era de última generación y tenía ambos accesorios integrados en una sola pieza, con una argolla que sobresalía para colgarla del gancho del teléfono. Por el frente tenía una rueda con diez agujeros del tamaño de una moneda pequeña y con los números del cero al nueve. Se usaba para marcar, introduciendo el dedo en el agujero correspondiente al número y haciendo girar la rueda hasta un tope, pero en este nuestro primer teléfono este accesorio no era más que un adorno porque la planta de teléfonos del municipio era muy anticuada y sólo recibía voz. Por ejemplo, si Mamá quería llamar a mis tías, cogía el auricular, se lo ponía en la oreja y esperaba. Después de un rato escuchaba la voz de la telefonista

—A la orden

—Ana, ¿me podés comunicar con el 155 81?

—Con mucho gusto.

Y un momento después el teléfono de mis tías sonaba, riiiiing, riiiiing, y mi tía Coche contestaba

—A la orden —y escuchaba la voz de Ana al otro lado de la línea

—Le van a hablar de Bello.

Un momento después Mamá escuchaba de nuevo la voz de Ana

–Está comunicada –y las dos podían hablar el tiempo que quisieran.

Si era Coche la que quería llamar a Mamá, el procedimiento era distinto porque en los teléfonos de Medellín el dial sí funcionaba. Cogía el teléfono y marcaba un número de cinco cifras que era el de la planta de Bello. Oía que repicaba un rato y entonces escuchaba la voz de Ana.

–A la orden

Coche, que era la que siempre llamaba, decía sólo dos palabras:

–Catorce, señorita

Ese era el número de nuestro teléfono en la planta del municipio que tenía capacidad sólo para cien. Riiing, riiing, sonaba en nuestra casa. Mamá descolgaba y escuchaba la voz de Ana.

–Le van a hablar de Medellín

Un momento después Coche escuchaba:

–Está comunicada.

Y se establecía la conversación.

Ese fue el primer teléfono que tuvimos en la casa de mi niñez, primitivo para los estándares de hoy, pero si hubiéramos llegado al pueblo sólo un año antes, nos habría tocado uno más anticuado aún, como el del Despacho Parroquial, que tenía una manivela y había que hacerla girar para comunicarse con la central.

Los años que vivimos en la casa de don Nicolás Sierra fueron de felicidad para todos. Yo correteaba alegre desde la puerta de entrada hasta la del solar y, aunque supongo que me habría gustado hacerlo en un triciclo, la situación económica no nos permitía ese lujo, así que lo hacía metido en las botas de cuero que heredé de mi primo Juan Flavio. Nueve meses después de ocupar la casa nació mi hermana Myriam y un año largo después de ella, mi hermano Alejandro. La casa se nos quedó pequeña, de manera que nos trasladamos para la que siempre llamamos “la casa del Mono Beltrán”, haciendo alusión al apodo que en el pueblo le tenían al dueño. Estaba en la misma calle, pero en la cuadra siguiente, por lo que no necesitamos un camión para hacer el trasteo. Lo hicimos en una carretilla de mano de las que se aparcaban en la plaza principal para prestar servicios de carga. Galleto, que era el apodo del carretillero, tuvo que hacer varios viajes porque para entonces ya el menaje doméstico era abultado: cuatro sillas metálicas y la mesita de la sala; la cama matrimonial heredada de mi abuela y un armario al que le teníamos nombre: “el escaparate café”; dos camas gemelas, un catre metálico y una cuna; el comedor con su mesa octogonal, el seibó y seis taburetes; un taburete adicional de baqueta al que siempre llamamos “el taburete de la cocina”.

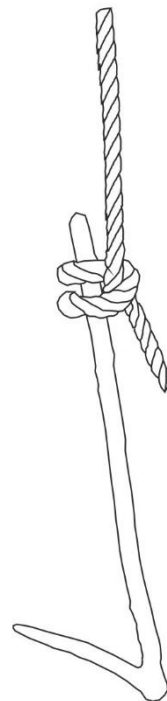
En esta nueva casa cupimos holgadamente y vivimos en ella hasta que fuimos nueve hijos. Tenía cuatro alcobas en galería y otra independiente que para nosotros era “la pieza oscura”; tenía sala y antesala en las que Papá montó su consultorio particular; tenía un patio central que Mamá llenó de bifloras blancas y rosadas y otro patio trasero en el que se tendía a secar la ropa y jugábamos a la pelota. Estaba también la despensa, el baño, la

cocina, la alcoba para la cocinera o “pieza del servicio” y un baño adicional en el solar para la cocinera y la dentrodera.

Como en la de don Nicolás Sierra, en esta nueva casa nuestro único contacto con la tecnología fue el teléfono, que nos trasladaron con el mismo número, el catorce. Poco tiempo después de vivir allí Papá y Mamá se antojaron de otro aparato que ya había llegado a casi todas las casas de los ricos de Medellín y estaba entrando con fuerza en las de clase media: la nevera.

Hasta entonces los productos perecederos se compraban para consumo inmediato o como máximo para dos o tres días. El lechero llegaba todos los días en un carro tirado por un caballo, llevando su producto en unas cantinas o garrafas metálicas, de donde lo sacaba con un cazo de mango largo a los recipientes que traían los clientes. Iba de calle en calle haciendo sonar una campana y la gente de la cuadra se alborotaba y gritaba: “la leche, la leche”. Mercedes Avendaño, la cocinera, salía con la olla lechera y el lechero, que conocía a todas sus clientas, sabía cuánto le tenía que poner y anotaba en una libreta para cobrar el próximo sábado. Las hortalizas se compraban diariamente en la tienda de la esquina y la carne, para dos o tres días, en la carnicería más cercana. La nuestra era la de Evelio Berrío, un hombre gordo y colorado que despachaba, cuchillo en mano, detrás de un mostrador de baldosines blancos con la mayor cantidad de moscas que he visto juntas en mi vida. Entregaba la carne envuelta en recortes de periódico y al llegar a la casa la tenían que salar muy bien y la colgaban del garabato para que los ratones –y los gatos– no dieran cuenta de ella. El garabato era una rama de árbol sin hojas y en forma de V, con una pata más larga que la otra. De la larga, se colgaba del techo con una cuerda de cabuya y la corta, que era puntiaguda, servía para ensartar en ella la carne, que quedaba suspendida a buena altura sobre el suelo, inalcanzable por los animales. Con la llegada de la nevera el garabato desapareció porque la carne se podía mantener durante varios días en un recinto cerrado y frío. Recuerdo la marca de esa primera nevera: *International Harvester*, que Papá nos enseñó a pronunciar en inglés: internácionál járvester.

De la nevera tengo dos recuerdos más importantes que la marca, porque fueron muy traumáticos en mi niñez. Cuando llegó, la instalaron en el comedor porque la cocina no tenía sitio para un aparato tan voluminoso y Mamá la adornó poniendo en su cornisa una jarra de cristal a la que llamaba “la jarra de la turca”, que era un regalo de su matrimonio. Quedó justo detrás del taburete en el que yo me sentaba todos los días a comer o, mejor dicho, a hacer remilgos con la comida porque yo era de muy mal apetito. Un día terminaron todos de comer y yo me quedé frente al plato lleno, inventando disculpas y poniendo reparos para no comer: que está muy fría, que no me gusta la cebolla, que esto y que lo otro. Mamá me rogaba con paciencia infinita utilizando para ello todos los artificios de una madre.



—Ésta por su papá, ésta por su mamá, ésta por San Antonio, ésta para dejarlo ir donde las tías.

Todo inútil, hasta que Mamá estalló y, como último recurso, trajo la temible correa verde. Entonces cambió su discurso de ruego por el de la amenaza:

—Ahora se lo va a comer todo sin chistar, que a la comida no se le ponen peros.

Como ni siquiera así tuvo respuesta mía, levantó la correa para darme un fuetazo, con tan mala suerte que se enredó en la jarra de la turca y ésta se volvió añicos contra el suelo. Los lectores podrán imaginar lo que vino después y eso les dará una idea de por qué este recuerdo no se ha borrado de mi memoria a pesar de que han pasado más de seis décadas desde entonces.

Podríamos decir que el otro recuerdo con respecto a la nevera es la antítesis del que acabo de narrar, porque da cuenta de lo que sí me gustaba comer, que eran los dulces. Hicieron un día un dulce de moras en cantidad suficiente para la familia numerosa que ya era la nuestra: dos padres, seis hijos, la cocinera, la dentrodera y los visitantes cotidianos, como Leonisa Saldarriaga. Pusieron la olla con el dulce en la nevera para servirlo frío y yo, que vi el contenido, esperé a estar solo, abrí la nevera y le di una probadita. Debió estar delicioso porque unos minutos después repetí la operación y después una vez más, y otra y otra. Cuando fueron a servir el dulce, no quedaba sino el asiento. Mamá debió adivinar quién era el autor de tal atraco, pero no recuerdo si tomó represalias. De eso se encargó la madre naturaleza porque, al día siguiente, amanecí blanco como una hoja de papel, con vómito y sudor frío. Me llevaron donde mi tío Gustavo y él dictaminó:

—Tiene una hepatitis.

Me recetó Protecup y quietud absoluta durante tres días. El problema era que no iba a poder asistir al acto final del colegio —segundo de primaria— que sería el próximo viernes, pero dadas las circunstancias, mamá asistió. Allí me otorgaron un diploma de excelencia, que todavía conservo, y me dieron un premio que resultó paradójico. El hermano director llamó:

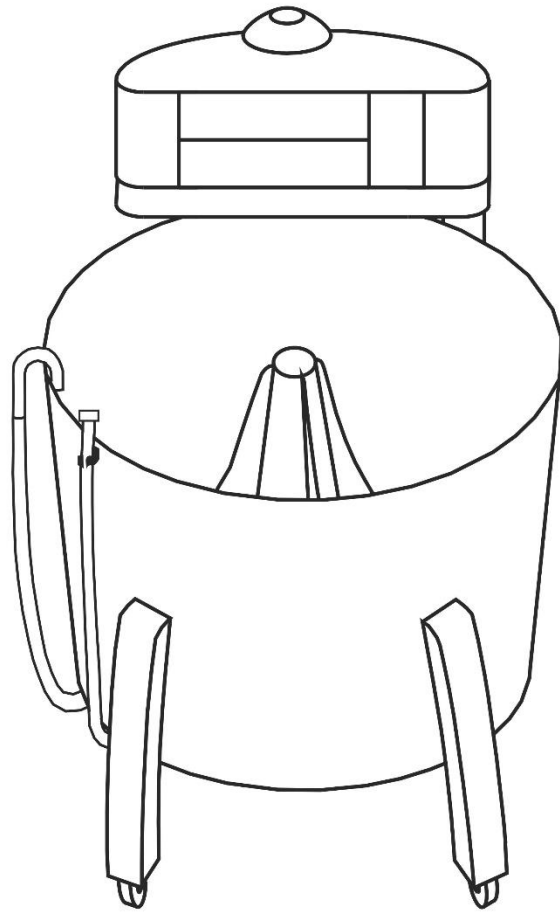
—Medalla de asistencia durante el año lectivo: Antonio Bernal

—No vino —tuvo que decir el profesor Camilo Torres.

Y Mamá salió a recibir mi medalla.

Mirando desde la perspectiva del siglo XXI, se podría decir que el aparato tecnológico más urgente en mi casa de principios de los años cincuenta era el fogón eléctrico. En efecto, no se concibe hoy una casa en la que hay que ir a la carbonería al menos una vez a la semana y en la que la cocina permanece inundada de humo que la afea y la oscurece. Pero para Papá y Mamá eso no representaba ningún problema porque tenían a Mercedes Avendaño, la morena cincuentona que trabajó con nosotros nueve años. (Lo de cincuentona lo sé porque cuando cumplió los cincuenta años, Papá le dio de regalo una moneda de cincuenta... centavos). Mercedes se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana, encendía el fogón con leña o con carbón, lo que tuviera a mano, y empezaba a hacer las arepas —pan de maíz—, que se servían al desayuno, al almuerzo y a la comida. A las siete de la mañana ya tenía una olla llena con todas las del día. Así pues, que ella sufría

por nosotros el martirio de esa cámara de humo que quedaba en la parte de atrás de la casa, casi llegando al solar. No fue, entonces, el fogón de leña el que reemplazaron mis padres, sino que el siguiente contacto con la tecnología, después de la nevera, fue la lavadora. Es el invento doméstico más importante que jamás se hizo porque el lavado de ropa era la tarea más dura, difícil y consumidora de tiempo en un hogar. La que trajeron a mi casa tenía un recipiente metálico similar a los conocidos bidones o barriles en los que vienen los productos del petróleo, soportado en cuatro patas con ruedas que le daban altura y movilidad. En el interior tenía una pieza vertical que subía desde el fondo, a la que llamaban “la muñeca”, con cuatro palas que hacían unos cortos movimientos de rotación a derecha e izquierda. Tenía, además, una manguera para el llenado y otra para el vaciado. Por encima del recipiente sobresalía una pieza con dos rodillos motorizados que servían para escurrir la ropa apretándola fuertemente entre ellos.



Como es de esperarse, el funcionamiento era manual. Se ponía la ropa en el recipiente, se llenaba de agua, se ponía jabón en polvo —en ese entonces había dos marcas: FAB y TIDE—, se ponía en funcionamiento la muñeca: derecha, izquierda, derecha, izquierda; después de un tiempo que se estimaba a ojo se detenía la muñeca y se vaciaba el recipiente. Luego se llenaba de nuevo y otra vez se ponía en funcionamiento la muñeca, esta vez sin jabón para enjuagar. Se dejaba trabajar otro tiempo, se paraba, se vaciaba el agua y la ropa quedaba lista para pasar por los rodillos de escurrido. Para hacerlo se tomaba individualmente cada pieza y se acercaba por un extremo al punto de contacto de los rodillos que tiraban de ella y la pasaban al otro lado, escurrida sí, pero convertida en un cuerpo plano y compacto, arrugado como una pasa. Si por descuido, a la persona se le iba la mano entre los rodillos, era un accidente grave que podía acabar en el hospital. Para paliar esta situación, los rodillos tenían encima una tapa redonda a la que se le daba un golpe y automáticamente se detenían y se separaban. Este peligroso mecanismo de escurrido, absurdo para los estándares de hoy, estuvo a punto de dejarme con una hermana manca. Un día estaba la lavadora encendida y por alguna razón los rodillos estaban funcionando. Conchita, que tendría ocho años, se acercó y los tocó. Al instante le atraparon la mano que pasó por entre ellos y siguió brazo arriba sin hacer caso a los agudos gritos de pánico de mi pobre hermana. Cuando llegó un adulto y le dio el golpe a

la pieza de seguridad, ya casi se la habían tragado hasta el codo. Sacaron a Conchita de esa trampa, ensangrentada y presa de la histeria y le hicieron una curación en forma pues, por fortuna, en mi casa había consultorio médico con todos los elementos para atender una emergencia como esa. No hubo fractura, pero el accidente le dejó a mi hermana una cicatriz enorme con la que convivió toda su vida.

Casi al tiempo con la lavadora llegó a mi casa el primer vehículo, que para Papá era una necesidad porque trabajaba como médico del Ferrocarril de Antioquia y la caminata hasta el consultorio, que quedaba en las afueras del pueblo, era muy penosa. Una empresa de Medellín llamada Mora Hermanos empezó a importar de Estados Unidos motocicletas Harley Davidson y Papá compró una preciosa de color rojo, que fue de las primeras matriculadas en Medellín. Tenía como número de matrícula el 0008. Lo recuerdo muy bien porque Papá le mandó pintar ese número en una placa que traía para ese propósito en el guardabarros delantero. Creo que fui el único de mis hermanos que disfrutó de ese vehículo e incluso un día me caí de él. Papá quería llevarme a hacer alguna diligencia. Me subió al sillín trasero —era de sillines individuales— y yo me aferré de un manillar que traía el propio sillín, como lo había hecho en ocasiones anteriores. Dejó la moto apoyada en su gato mientras cerraba la puerta y seguramente yo hice algún movimiento impropio porque la moto se desequilibró y cayó hacia un lado, lanzándome a mí a la acera, por fortuna, sin consecuencias.

La moto no duró mucho tiempo, quizás un poco más de un año, porque Papá la cambió con Kico Peláez, un vecino, por un Chrysler verde modelo de 1947, enorme y pesado, que tenía la particularidad de que las puertas traseras abrían hacia adelante, al contrario de como lo hacen la mayor parte de los automóviles. Poco tiempo después Papá hizo otro trueque, esta vez del Chrysler por un lote de terreno en el que posteriormente construyó un edificio con dos casas, un apartamento que originalmente él ideó como consultorio, y un garaje.

Por esa época llegó a Colombia la televisión, en blanco y negro, por supuesto. Los aparatos eran costosos y nosotros no teníamos dinero para un lujo como ese, pero mis tías sí y aprovechábamos cuando íbamos a visitarlas para calmar la curiosidad que nos despertaba esa novedad tecnológica. Veíamos lo que tocara a la hora que llegábamos, siempre bajo la estricta censura de mi tía Crispe que apagaba el televisor —había sólo una cadena— si aparecía alguna mujer que dejara ver las piernas más arriba de las rodillas. A pesar de su ceguera, mi tía Coche nos acompañaba y Crispe le iba explicando cada escena con todo detalle, reservándose lo que ella, que sufría de escrúpulos, juzgaba que era inapropiado o inmoral. Unos meses después de que mis tías compraran el televisor, Mamá nos trajo un día la buena noticia de que se lo cedían por un precio irrisorio y pagándolo a plazos. Dijeron que querían comprar uno más pequeño, pero yo creo que se trató de un acto de caridad. Seguramente pensaron que una familia en la que había que sostener un batallón de seis hijos no podría disfrutar jamás de esa maravilla de la modernidad. Nosotros creímos en la versión del cambio de tamaño porque el aparato era realmente voluminoso. Tenía forma de cubo, tan grande que apenas si cabía por la puerta y tan pesado que lo tuvieron que transportar entre dos hombres para instalarlo en la sala. No necesitaba mesa porque traía cuatro patas cónicas en las que se soportaba. Para controlarlo tenía dos botones giratorios, uno para encenderlo y aumentar el volumen y el otro, que giraba a pasos, del uno al catorce, para cambiar los canales. Este último no se usaba puesto

que sólo había un canal emisor que era el oficial del régimen, que ya se vislumbraba dictatorial.

La programación era muy corta, toda en vivo con técnicos traídos de Cuba. A las seis de la tarde, programación infantil, luego el noticiero y, por último, un programa cultural o educativo. A las nueve, himno nacional y cierre de emisión. Los domingos había, además, tres horas de programación diurna. A las doce, misa; a la una, las carreras de caballos desde el hipódromo de Techo, relatadas por Gonzalo Amor; a las tres, cierre de emisión. Esas horas únicas de televisión diurna eran las que más nos gustaban porque reunían a toda la familia sin la premura de tener que ir a dormir temprano para madrugar al día siguiente. En ellas aprendimos a cogerle el gusto a las carreras del hipódromo y a entender la terminología de la hípica como “picar en punta”, “ir en tierra derecha” o “jugar a ganador, a placé o a show”. Los domingos, la sala de la casa se convertía en un pequeño cinema en el que estábamos, no sólo los de la familia, sino también amigos y vecinos que llegaban sin necesidad de anunciarse. A veces eran tantos los visitantes, que no cabían en la sala y tenían que ver de pie, desde fuera, a través de la puerta abierta. La sala quedaba iluminada por la luz que venía del patio principal y, para oscurecerla, Papá mandó a hacer una cortina de tela negra que colgaba de una de las vigas principales del techo. Todos los domingos al medio día traía una escalera para colgarla. Yo le servía de ayudante para esa operación, como también lo hice cuando clavó las puntillas de las que colgaba la cortina. A la larga acabamos invirtiendo los papeles: él ponía la escalera y yo me subía a colgar la cortina. Uno de los recuerdos más impresionantes –e inútiles– de mi niñez está relacionado con lo que acabo de narrar, pero lo reviví mucho tiempo después. Durante los últimos años de la vida de Papá salíamos una vez a la semana a jugar una partida de billar, a tomar un par de cervezas –a las que llamábamos “las rutinarias”– y a departir un rato, en especial, repasando recuerdos del pasado. Un día se nos ocurrió ir a la casa del Mono Beltrán que, después de que nosotros la desocupáramos en 1960, fue convertida en sala de juegos con el nombre de “Billares la Cita”. Ese día las cervezas dejaron de ser rutinarias porque yo estaba anonadado con los recuerdos de hacía más de cuarenta años. Para darle amplitud, habían derribado todas las paredes interiores, pero el techo estaba intacto con sus vigas y sus alfardas, e incluso con las canoas metálicas que recogían el agua lluvia del tejado en el patio principal. Pude reconstruir con precisión el sitio donde quedaba cada una de las estancias: el consultorio, las alcobas, el comedor, la sala donde teníamos el televisor y, por supuesto, allí estaba la viga que yo conocía como la palma de mi mano porque muchas veces me tocó colgar de ella la cortina negra. “Qué pequeña es la viga”, pensé al verla, no pudiendo sustraerme a mi mentalidad de ingeniero. ¡Yo la recordaba de unos veinte centímetros de gruesa, y apenas si llegaba a los diez! ¡Así cambia nuestra perspectiva del mundo en la medida en que nos hacemos mayores! Pero esa era y mi impresión se redobló cuando vi en ella la hilera de ocho puntillas de las que cuarenta y cinco años antes colgábamos la cortina. No sobra decir que ese día, hipnotizado por los recuerdos, jugué al billar sin saber que jugaba y perdí la partida por la mayor diferencia que Papá jamás me sacó en los dieciséis años en los que salimos a tomarnos las rutinarias de cada semana.

Un día, por fin tuvimos lo que muchos pensarían que debimos tener antes: la estufa eléctrica. Pero no se trataba de un aparato como lo imaginaríamos hoy. No. Era lo que entonces se llamaba “parrilla de dos puestos”, para colocar en el poyo de la cocina. Construida en lámina metálica delgada, tenía dos resistencias en espiral que recorrían

unos laberintos grabados en sendas placas blancas de cerámica. Cuando se encendía uno de los puestos, la resistencia se calentaba y tomaba un color naranja brillante, sin llama y sin humo. Pero no crea el lector que Mercedes Avendaño abandonó su estufa de leña. ¡Qué va! Como ella misma lo dijo, llevaba una vida cocinando con carbón o con leña y no los iba a cambiar de un día para otro por novelorías tan peligrosas como esa parrilla. Lo decía porque a veces la parrilla se encabritaba y le pegaba unos cimbronazos que ella jamás había sentido. En esos casos, no tardaba en poner la queja:

–Doña Lucía: no uso más ese aparato. Me cogió la fuerza.

En ese tiempo era muy común que los aparatos electrizaran porque todo era metálico. Recuerdo una vez que estábamos mi hermano Alejandro –que tendría cuatro años—y yo en la pieza oscura. Él estaba en un extremo, junto a la cabecera de la cama, cerca al interruptor de la luz y yo en el opuesto, haciendo las tareas escolares en el pupitre. De repente él dio un grito tan fuerte, que Papá salió del consultorio donde atendía a un enfermo y vino a ver qué pasaba. Como no vio nada anormal, preguntó qué había pasado y Alejandro, señalándome a mí dijo “él me pegó”. Yo, ignorante de lo que había pasado, sufrí las consecuencias que no quiero recordar, pero hoy justifico la acusación de Alejandro. Él tocó el interruptor metálico y éste le devolvió un corrientazo. Puesto que sólo estábamos él y yo en la pieza, aunque muy separados, ¿quién más pudo haberle pegado?

Para Mercedes, la parrilla era un enemigo en su propia cocina, pero a la postre tuvo que rendirse ante la tecnología porque Marcos Tobón, un electricista, cliente de Papá, le ofreció una solución mejor que la parrilla: una estufa de tres puestos con horno. Se adaptaba muy bien a la economía en crisis permanente de mi familia, porque era un secundazo en muy buen estado. No electrizaba porque no tenía resistencias en espiral, sino unos tubos en los que la electricidad iba por dentro. El mismo Marcos Tobón la instaló y le enseñó a Mamá los rudimentos de la cocina moderna, sin las molestias del carbón y del humo y con graduación de calor en alto, medio y bajo. Ella empezó a experimentar con la culinaria y a cocinar para nosotros lo que en las familias se conoce como “las delicias de mamá”. Mercedes Avendaño compartió con ella el aprendizaje y abandonó para siempre el fogón de leña, al menos mientras estuvo con nosotros.

Quiero cerrar este escrito sobre el advenimiento de la tecnología a mi casa, con otro equipo que, aunque menos vistosos que la estufa o que la lavadora, también cambió de golpe un procedimiento que venía de siglos atrás, quizás desde la Edad Media. Además, tengo de él un recuerdo que es para mí muy entrañable. Me refiero a la plancha eléctrica. Las planchas de mi niñez eran, en su forma, muy parecidas a las de hoy, planas por debajo y puntiagudas hacia el frente, como quillas de barco. La diferencia es que, en lugar de tener por dentro una red de conexiones y un depósito para agua o vapor, aquellas eran una placa sólida y pesada de hierro macizo, con un mango de madera. Para calentarlas, se ponían en la estufa de la cocina durante un rato y el calor que absorbían era suficiente para planchar dos o tres prendas. Para no interrumpir el trabajo mientras la plancha estaba en la estufa, en mi casa había dos –recuerdo que una era un poco más pequeña—de tal manera que, mientras con una de ellas se planchaba, la otra se calentaba en la estufa.

La primera plancha eléctrica llegó a mi casa al mismo tiempo que la parrilla de dos puestos y, dado que la instalación eléctrica no tenía tomacorrientes, hubo que contratar a

un electricista para que instalara uno para cada equipo. El elegido se llamaba Alfonso Piedrahita, pero siempre le dijimos “el maestro Piedrahita”. Era un negro bonachón y gran conversador que vivía en una casa con piso de tierra y techo de lata, en la calle del cementerio. Entre sus historias, contaba que había vivido en Estados Unidos y que había llegado de allí en los años cuarenta, “de mariposa y varita”, es decir, de corbatín y bastón, que eran símbolo de elegancia. El maestro llegó a ser el paño de lágrimas de mis padres para todas las incidencias que ocurrieran en la casa, ya se tratara de una fuga de agua, o de un ruido extraño en la lavadora o de un daño eléctrico.

Un día estaba la dentradera –María Patiño– planchando la ropa y, cuando ya estaba a punto de terminar, la plancha dejó de funcionar.

–Hay que llamar al maestro Piedrahita –dijo Mamá

Pero ni ella, ni María Patiño se acordaron de hacerlo. Yo, que estaba como siempre rondando por ahí, me acerqué a la plancha, la miré con curiosidad, examiné el cable, llegué al enchufe y ¡suerte de principiante! Encontré el daño. El enchufe tenía dos patas planas para conectar en el tomacorriente y en cada una de ellas un tornillo. De la plancha venían dos cables, uno de los cuales se enrollaba en el tornillo de una pata y el otro estaba suelto. La lógica me decía que debería estar enrollado en el otro tornillo, así que fui al cajón de las herramientas, traje un destornillador, enrollé el cable en el tornillo, apreté y dejé resuelto ese elemental problema eléctrico. Guardé el destornillador y me olvidé del asunto sin decirle a nadie que el problema estaba resuelto.

Al día siguiente María Patiño reunió la ropa que tenía que planchar, sacó la plancha del armario, la conectó y ¡Pummm! Explosión, grito de pavor y salto largo de María Patiño. La casa quedó sin luz, incluido el consultorio y en el ambiente quedó un intenso olor a caucho quemado. Ahora sí, corrieron de urgencia a llamar al maestro Piedrahita que llegó al momento y trajo la calma a la casa. Le describieron el problema y él fue directamente a la plancha. Yo lo seguí como hacía siempre que venía, cosa que a él no le disgustaba porque sabía que yo admiraba sus conocimientos sobre todo lo habido y por haber. Seguí cada uno de sus movimientos mientras él examinaba la plancha y yo, que ya sospechaba que era el responsable de la explosión, le expliqué la reparación que hice el día anterior. Entonces él miró el enchufe de lejos, luego de más cerca y sonrió.

–Aquí está el problema–, dijo.

En actitud de abuelo bondadoso aprobó mi reparación y, sin recriminarme, me explicó la causa del daño. Me enseñó que la corriente entra por una de las patas del enchufe y sale por la otra; me dijo que yo estaba en lo cierto al pensar que cada cable debe ir a un tornillo y agregó que después de reparar y antes de enchufar, siempre hay que verificar que ninguno de los delgados hilos del alambre toque el cable vecino, ni el tornillo que lo aprisiona.

–Si uno solo de los hilos toca el contrario, se produce un corto y es cuando ocurre la explosión.

Al mismo tiempo que me iba revelando los secretos de la electricidad, iba separando con un destornillador cada mecha de cable para que no tocara el alambre contrario y, cuando

estuvo seguro de que no había contacto, conectó la plancha y esta vez no hubo explosión alguna. El aparato funcionó.

Esta fue mi primera lección de electricidad, recibida a los ocho años de edad.

Mi niñez transcurrió en una época en la que a los hogares llegaron equipos que cambiaron las costumbres y los procedimientos ancestrales, como cocinar con leña o lavar la ropa aporreándola contra una piedra. Yo viví las dos épocas: la de antes y la que llegó para quedarse. En ese sentido, se puede decir que soy un hombre afortunado.

LA BANDA DE GUERRA

Fue la primera vez que vi una banda de guerra tan de cerca. Venía yo de regreso a la casa, del Colegio de las Hermanas de la Presentación, donde cursaba el kínder con la Hermana Elvira. ¡Mi primer año de estudio! De repente escuché unos estruendos hondos y rítmicos como detonaciones de cañón. Mis compañeros salieron en carrera hacia el parque principal del pueblo, gritando “la banda, la banda” y yo corrí tras ellos sin saber qué era una banda ni de dónde procedían las explosiones. Íbamos por la mitad de la calle a pesar de que era la entrada principal al pueblo y, por tanto, la de mayor tráfico de vehículos, pero ese día estaba cerrada por razones que a mí no me interesaban y de las que poco después me enteré. Yo conocía bien el trayecto porque todos los días iba al colegio y regresaba a la casa de la mano de Conchita, mi hermana mayor, pero justo ese día a los del kínder nos habían trasladado para una casa finca llamada Betania, que quedaba en la acera del frente, porque querían remodelar nuestra sala de clase del colegio. Era, pues, la primera vez que yo regresaba a casa sin el cuidado de mi hermana y me sentí libre para ir a curiosear lo que tanto interés parecía despertar entre mis compañeros.

Recorrimos a carrera tendida las tres cuadras que nos separaban del parque principal de Bello. Pasamos sin mirar por la sastrería de Cristóbal Moná, con quien habían contratado el traje para mi primera comunión que sería en mayo; por el consultorio del doctor Ferrer, uno de los dos únicos colegas que tenía Papá como médico del pueblo; dimos un vistazo instantáneo a través de la ventana, a los ataúdes de la Funeraria Holguín y miramos sin ver la vitrina de la Cacharrería Victoria, ambos negocios propiedad de padres de condiscípulos míos. Y, ¡cómo olvidarlo!, cruzamos como rayos la puerta de la barbería de Aicardo Sánchez a la que me llevaban cada mes a que me martirizara cortándome el pelo con una máquina que manejaba abriendo y cerrando unas patas como si se tratara de unos alicates. Llegamos al marco del parque, pero no pudimos pasar porque nos encontramos con la barrera de una multitud que llenaba las cuatro calles que lo rodean, dejando en medio la vía libre, bajo el control estricto de los tres uniformados que conformaban el cuerpo policial del municipio. Todo el pueblo había venido a ver el desfile preparatorio para la Semana Santa que empezaría el siguiente domingo.

Me encontré al lado de José de Jesús Osorno, un niño moreno, con cuerpo de halterófilo, mayor que yo y más experimentado porque este era el segundo año que estaba en el colegio y ya recorría el pueblo sin acompañante. Ambos buscábamos un hueco entre la muchedumbre para poder mirar, pero no lo encontrábamos. “Allí, donde don Abelardo Villa”, me dijo José. Era un almacén del marco de la plaza en el que se vendían telas y artículos para el hogar, que estaba a un nivel más bajo que la calle, una depresión no muy alta que me llegaría a mí a la cintura. Por esa razón, era la única acera en la que no había gente, pues allí la multitud se agolpaba de pie sobre el pavimento de la calzada. En esa especie de foso nos pusimos arrodillados, de manera que el nivel de la calle nos llegaba a la barbilla, y desde allí podíamos ver el centro despejado de la vía por entre las piernas del público que esperaba. Veíamos también, repleta de gente, la acera del frente que bordeaba por sus cuatro costados el parque arborecido. Mientras esperábamos, Osorno me fue nombrando una a una a las personas que teníamos al frente. Me mostró a Magín Osorio el taxista, con su eterno tabaco color marrón oscuro, que sobresalía, a medio fumar, por el lado derecho de su boca; a Medina, el borrachito que a esa hora de la mañana

ya se tambaleaba entre la multitud; a Don Marco Giraldo, el dueño de la proveeduría del otro lado del parque; a Toñito el barrendero de las calles principales; a los dos mudos que pasaban el día discutiendo acaloradamente por señas en una de las cantinas del pueblo; a William, el bobo que se babeaba a chorros viendo pasar las muchachas para el colegio. Yo estaba deslumbrado viendo cómo parecía conocer a cada uno de los habitantes.

Los golpes que nos atrajeron habían cesado y ahora se oía, distante, el sonido marcial de las cornetas. Después de un rato de estar curioseando a través de esa angosta ventana hecha con piernas, vimos venir por la mitad de la calzada a un joven alto y musculoso, ataviado con un vistoso uniforme azul y amarillo como los soldaditos de Cascanueces. “Es Macario Arroyave”, me dijo Osorno. Marcaba el ritmo de las cornetas lejanas balanceando con su mano derecha un bastón enorme y reluciente, adornado con cordones y borlas de colores, puntiagudo en un extremo, y en el otro, con forma de bola del tamaño de una pamplemusa. Cuando llegó justo frente a nosotros detuvo la marcha, pero siguió marcando el compás con uno y otro pie como si caminara. Sin previo aviso, dejó de balancear su bastón, lo agarró por la bola y lo lanzó hacia arriba con una fuerza tal, que lo perdí de vista y sólo después de un momento que para mí fue una eternidad, cayó de nuevo en sus manos que continuaron haciéndolo girar al compás, con habilidad de acróbata de circo. Yo estaba boquiabierto. Ante tal demostración de fuerza y habilidad, nada, ni las rapidísimas volteretas que le imprimía al bastón a lado y lado de su cuerpo, ni la suavidad con la que lo cambiaba de una mano a otra haciéndolo balancear en su cuello, nada me causó tanta impresión como aquel lanzamiento.

El bastonero dio un cuarto de vuelta hacia la izquierda para continuar avanzando por la calle de la Iglesia vieja. Le decían así porque en ella estaba la capilla que antes fue iglesia parroquial, una joya arquitectónica con casi dos siglos, que conservaba su aspecto de templo, pero estaba convertida desde hacía unos años en fábrica de baldosas. La Curia había hecho ese cambio para financiar la construcción de la imponente iglesia nueva que quedaba en la acera opuesta, contigua al Palacio Municipal, sede del poder civil. Hacía muchos años que en el país no se construía una iglesia de dimensiones catedralicias. Se contrató para su diseño a un arquitecto italiano, se importaron mármoles de Carrara, imágenes de España, vitrales de Francia y un reloj de seis caras traído directamente desde Londres. Si esta iglesia estuviera en Europa sería un sitio, no de peregrinación, sino de turismo, en cambio allí sólo era importante para los vecinos.

Bello era el primer pueblo que se encontraba el viajero que iba a la costa norte por la vía de Yarumal, saliendo de Medellín, la capital del departamento. Poco después de pasar por la gallera llamada Club Cantaclaro y por las fábricas de hilados que había a lado y lado de la vía, se topaba uno con Betania, la sede de mis estudios. Allí empezaba la calle larga que pasaba por el colegio de las Hermanas, por el parque y que continuaba, subiendo una ladera no muy empinada, hacia un barrio llamado Calle Arriba, pasando por el sitio conocido como La Buena Esquina. Había dos o tres farmacias, dos o tres carnicerías, dos o tres proveedurías, amén de una plaza de mercado que quedaba en un barrio deprimido que tenía el pretencioso nombre de Mánchester. El pueblo tenía lo justo para la supervivencia de sus treinta mil almas: dos o tres de todo, menos parroquias, de las que había sólo una, la de Nuestra Señora del Rosario. El cura párroco era el padre Rogelio Arango, un primo lejano de Mamá, cosa que para ella fue un alivio espiritual cuando llegamos a vivir allí tres años antes, porque lo hicimos por necesidad, pero muy en contra

de su voluntad. Sobre esto hay que decir que ella acabó adaptándose a la vida del pueblo hasta tal punto, que fue concejala y, por cierto, muy apreciada por todos. Puesto que el padre Arango no alcanzaba a atender todos los asuntos parroquiales, tenía un coadjutor que le ayudaba en sus tareas espirituales. Era el padre sonsoneño Roberto Jaramillo, un rubicundo setentón, poeta, latinista y, en una época de fuertes convicciones religiosas, director espiritual de todos los hombres del pueblo, para los que celebraba los domingos en exclusiva la misa de once y a los que confesaba sin formalidades, sentado en un taburete de baqueta al pie de una de las columnas de la iglesia. Era algo excéntrico y muy atípico para las costumbres de su tiempo, tanto que con frecuencia se le veía en una de las tantas cantinas del pueblo, siempre en la misma mesa, tomándose un trago de aguardiente.

Además del párroco y el coadjutor, había otro cura en el pueblo, el Padre Agudelo, sin sede conocida, propietario de tierras en los alrededores y de predios en el caserío. De él tengo un recuerdo imborrable e ingrato. Iba yo con mi hermana mayor, Conchita, por la calle que bajaba de la plaza principal al Colegio de los Hermanos de La Salle y llevaba, no sé por qué, un trozo de carbón en la mano. Había en esa calle un único predio que era una casa quinta con una tapia larguísima encalada de un blanco inmaculado, y a mí se me ocurrió ir pintando con mi trozo de carbón, a medida que caminaba, una raya ondulada que abarcaba la tapia en toda su longitud. Sin saber cómo ni de dónde apareció, nos encontramos mi hermana y yo frente a frente con el padre Agudelo a quien teníamos que mirar hacia arriba como si fuera el gigante Goliat.

—La pared y la muralla son el papel del canalla, —nos dijo con un vozarrón tan fuerte, que a nosotros nos resonó como una voz venida del infierno.

Lo único que se me ocurrió fue tirar el carbón y salir corriendo detrás de mi hermana que ya me llevaba tres pasos de ventaja. Al año siguiente cambié de estudiar en el colegio de las Hermanas de la Presentación, al de los Hermanos de la Salle y para ir de mi casa al nuevo plantel, la ruta más expedita era pasando por la casa quinta de la tapia. Ya alguien me había dicho que esa era la residencia del Padre Agudelo, así que durante los primeros meses de estudio daba un rodeo para evitar un encontronazo fortuito con el temible clérigo.

Reanudada la marcha del desfile, el batutero levantó el bastón con la mano derecha, lo sostuvo arriba durante dos o tres pasos y lo bajó de súbito. En ese momento sentí un estruendo pavoroso en el estómago, que me hizo saltar y me aceleró el corazón hasta casi salirse de mi cuerpo. Era el sonido de tres bombos enormes que marchaban en fila a lo ancho de la calle y ahora entraban en mi campo visual. El más cercano a mí, era batido por uno de los hermanos Garcés, miembro de una de las familias más conocidas del pueblo. Llevaba atadas a las muñecas dos mazas con las que, al ritmo de la marcha, daba brutales golpes a ambos parches del instrumento como si quisiera romperlos. ¡Qué energía la de Garcés! Cada vez que daba un golpe —o mejor, dos, uno con cada mano--, mostraba en su rostro una mueca que lo hacía parecer furioso. En adelante, siempre que veía a Garcés en el pueblo, lo miraba como a un superhéroe, poseedor de una fuerza descomunal, no sólo por los golpes enérgicos que daba sobre el bombo, sino por el hecho mismo de cargar sobre su barriga un instrumento tan enorme atado con correas.

Detrás de los bombos iban dos hileras de platillos dando golpes metálicos al unísono. Luego las cajas, los tambores y, por fin, las cornetas. Junto a ellas, un señor ya entrado en años, más bien grueso y no muy alto, sin uniforme y con gafas verdes como las de mi tío Mario. Parecía ser el jefe porque iba de atrás a delante y de delante atrás por entre las filas de las cornetas y, cuando llegaba el turno de tocar, les tarareaba la melodía para recordarles cómo empezar. “Taa taráa tatáata, taa taráa tatáa...”.

—Es Eleazar, —me dijo José.

Fue director de las bandas de muchos colegios y, once años después, cuando entré a terminar bachillerato en el Instituto San Carlos, en Medellín, dirigía la banda y seguía siendo el mismo, con la misma energía, las gafas verdes, y sus indicaciones a las cornetas: “Taa taráa tatáata, taa taráa tatáa...”.

Osorno parecía conocer también a cada uno de los integrantes de la banda. Fue él quien me señaló a Garcés el del bombo, y a un cajero, primo de éste, a quien apodaban Conejo; a Madrid, que tocaba uno de los tambores; a Javier Delgado, el corneta mayor y al turpial, otro corneta de quien nunca conocí el nombre, pero sí supe que se ganó el apodo en una fiesta de San Isidro en la que cantó la canción “Plegaria”, en una imitación perfecta de Alfonso Ortiz Tirado. Causó tal sensación, que en adelante no hubo fiesta pública en la que no la interpretara y tanto la cantó, que la convirtió en el himno informal de todo el pueblo. Cuando años más tarde Ortiz Tirado fue a Bello y se presentó desde el balcón de la casa cural, todo el público que se arremolinaba en la plaza empezó a pedir a coro que la cantara: “Ple ga ria, ple ga ria, ple ga ria...”. El cantante tuvo que cambiar su repertorio y cuando entonó la canción de viva voz, el griterío fue tan estridente y prolongado, que nadie pudo oír el canto porque el bullicio se apagó varios minutos después que la canción.

Al terminar la calle de la Iglesia Vieja el desfile continuó recto para regresar al Colegio de los Hermanos de La Salle, de donde había partido. La gente se dispersó, y Osorno y yo caminamos un rato juntos comentando los pormenores del espectáculo. Yo estaba mesmerizado con el lanzamiento del bastón hacia lo alto, a tal punto que todavía conservo intacta la sucesión de imágenes de esos momentos. Osorno, en cambio, quedó impresionado con el redoble de una de las cajas que se escuchaba entre golpe y golpe de los bombos. “Pum... trrrr... pum trrrr...”. Recuerdo que me hizo la mímica de cómo el cajero movía la mano con el palillo a una velocidad inverosímil. En su imaginación de niño veía el redoble como una sucesión rapidísima de golpes y no como el rebote continuado del palillo sobre el parche que vibra. Nos despedimos y yo continué solo por las calles entrañables de aquel pueblo que no hacía honor a su nombre, pero tenía el encanto de ser pequeño, acogedor, amable y familiar.

LA BISOÑADA

Desde Que Bello dejó de llamarse Hatoviejo, empezó a abandonar su calidad bucólica de pueblo y a tener ínfulas de ciudad. A principios de los años cincuenta ya sólo los habitantes de las fincas alejadas del centro urbano usaban el traje típico del antioqueño adornado con carriel, poncho y peinilla. Los que vivían en el pueblo veían estos complementos con un cierto desprecio, a excepción de dos personas, que yo recuerde. Uno de ellos era Jura Rickert, el hijo del míster –era alemán pero en el pueblo le decían *el míster*, y a su esposa *la mister*–, cuyo matrimonio con Rocío Saldarriaga, que la convirtió en Princesa de Curlandia, fue una aventura digna de Macondo. Jura iba siempre ataviado con zapatos de cuero color marrón, traje de paño inglés, corbata y pisacorbata y, por supuesto, sombrero alón de fieltro. Sobre esta vestimenta de dandy se terciaba un carriel envigadeño de piel de tigrillo, formando una rara mezcla entre ejecutivo europeo y campesino paisa. El otro personaje que usaba carriel era el gamonal del pueblo Fabio Madrid. Su vestimenta era bastante excéntrica: zapatillas negras de charol, pantalón blanco de dril, camisa de manga larga, también blanca, gafas verdes que no dejaban ver el color de sus ojos y, al hombro, carriel y poncho de algodón. Un día, bajando para el colegio, vi en la plaza principal a Fabio Madrid que acababa de comprar un quinto de lotería y, para pagar, sacó de su carriel un fajo de billetes tan gordo que casi no cabía en su mano. Me quedé tan impresionado, no sé si por el carriel o por el fajo, que ese día quise ser como Fabio Madrid y, cuando llegué a la casa le pedí a Papá que me regalara un carriel.

–Si tuviera plata, hasta una bicicleta –me respondió.

Yo olvidé el asunto sin angustias, porque estaba acostumbrado a la terrible enfermedad del bolsillo vacío, pero unos días más tarde Papá llegó a la casa con una preciosa bicicleta de color naranja casi rojo. Me pareció extraño verlo con una bicicleta tan pequeña para él porque no se me ocurrió relacionarla con mi demanda del carriel, así que, cuando me dijo que era para mí, me quedé pasmado sin decir palabra.

La bicicleta era de mujer –así se les decía a las que no tenían barra horizontal desde el manillar hasta el sillín– pero, a mis nueve años, un detalle como ese carecía de importancia. Lo poco que dormí esa noche, lo hice soñando con sus frenos de varillas metálicas plateadas, las ruedas de inflar, y la cadena semejante a la de la bicicleta del campeón Ramón Hoyos. Soñé que iba a toda velocidad por la calle de la iglesia y los transeúntes se apartaban al oír sonar el timbre triliiiiin, triliiiiin. Cuando desperté vi que no era sólo un sueño porque al lado de la cama estaba la bicicleta con sus frenos brillantes, el timbre y la cadena. Sólo una parte de mi sueño no era realidad: yo no podía ir por la calle de la iglesia porque no sabía montar en bicicleta.

Ya desde que recibí el regalo le pedí a Papá que me enseñara y él me respondió con su flema característica:

–No nos precipitemos. Esperemos hasta mañana.

Yo lo comprendí porque en el consultorio tenía pacientes para atender y me dediqué toda la tarde a corretear por la casa llevando mi juguete marca Raleigh, de cincuenta pesos, por el manubrio y teniendo cuidado de esquivar las caracolas que cuñaban las puertas y

las macetas con las que Mamá había convertido la casa en un jardín. Cuando me levanté al día siguiente ya Papá se había ido, pero regresó al medio día acompañado de un muchacho joven a quien yo había visto muchas veces por las calles del pueblo.

—Salinas se va a encargar de enseñarles a los dos a montar en bicicleta —dijo.

Se refería a mi hermana Conchita y a mí, y Salinas era el apellido del nuevo profesor, a quien nadie en el pueblo mencionó jamás por su nombre de pila.

Las clases empezaron esa misma tarde después del colegio y yo, como dueño de la bicicleta, tuve el privilegio de ser el primer alumno. Salinas la sostuvo por el sillín, yo me subí y empecé a pedalear siguiendo sus instrucciones. Él corría al lado mío, sin soltar el sillín, al mismo tiempo que iba dando indicaciones:

—No mire la rueda; un poco más rápido; ¡no tanto, no tanto!; ¡frene, frene!

Y cuando me dio la orden de frenar lo que hice fue bajar los pies de los pedales y arrastrarlos por el pavimento. Salinas me enseñó los secretos del frenado, me advirtió acerca del peligro de frenar con la rueda de adelante y me siguió, corriendo y sosteniendo el sillín, durante dos o tres pasadas más de esquina a esquina. Se sentó en la acera agotado y casi desfallecido. Hay que tener en cuenta que, aunque era acuerpado y se veía fuerte, mi nuevo profesor no tenía mucha resistencia física porque no era hombre de hacer ejercicio. Se dedicaba todo el día a vivir del “rebusque”, vagando por el pueblo de café en café, a la espera de algo que hacer para ganarse unos pesos: llevar y traer recados como mandadero, cuidar una casa cuando los dueños salían de vacaciones, o enseñarme a mí a montar en bicicleta.

—Mañana continuamos —me dijo casi sin aliento.

En ese momento llegó mi hermana y, muy imperativa como hermana mayor que era, me miró y dijo:

—Me toca a mí.

Cuando Salinas la oyó, se le juntó el cielo con la Tierra. Se acordó de que también se había comprometido a enseñarle a ella y, como hombre de palabra que era, haciendo de tripas corazón, reanudó sus carreras atléticas calle arriba y calle abajo, sosteniendo el sillín. Las mismas indicaciones, iguales frenazos arrastrando los pies, similares conatos de caída, hasta que, desde mi puesto de observación, vi a mi pobre profesor sentarse en la acera y luego dejarse caer boca arriba, acezante y respirando por la boca.

—Mañana continuamos —le dijo a Conchita con el último aliento que le quedaba, dando por terminada la clase del día.

Los días siguientes repetimos las clases y, poco a poco el instructor nos fue soltando hasta que un día nos dejó pedalear todo el trayecto sin correr detrás de nosotros. Consideró que su trabajo estaba hecho y nosotros quedamos felices con nuestras lecciones aprendidas. Yo no veía la hora de llegar del colegio cada día para salir a recorrer de ida y vuelta la misma calle en la que aprendí. A Conchita, en cambio la bicicleta no parecía motivarla y no llegó a descifrar todos sus secretos. Como ejemplo baste decir que nunca dominó por completo el arte del frenado y continuaba haciéndolo con la técnica de arrastrar los pies en el pavimento. El poco entusiasmo que le despertaba el nuevo juguete fue aniquilado de golpe una mañana de domingo que salimos a la calle a practicar lo aprendido. En Bello,

como en todos los pueblos de Antioquia, los transeúntes se tomaban la libertad de caminar por el medio de la calle los domingos y festivos, y los vehículos se veían obligados a circular muy lentamente, esperando a que los viandantes tuvieran la buena voluntad de apartarse. Las bicicletas iban serpenteando a derecha e izquierda para esquivar a las personas, cosa que exigía una cierta habilidad que Conchita no había adquirido. Muy confiada, y siguiendo las instrucciones que recordaba de Salinas, se montó en la bicicleta y dio el primer pedalazo con el pie derecho. La bicicleta arrancó y quiso el destino que enfilara directo hacia un peatón que se alejaba unos pasos más adelante. Conchita se asustó y no supo cómo reaccionar así que tocó al hombre con la rueda en los talones; éste, a su vez, se asustó y dio un salto a un lado, pero de nuevo la casualidad hizo que Conchita reaccionara, tratando de esquivarlo y girara la bicicleta en el mismo sentido. Nuevo salto del peatón y nuevo toque de Conchita y así dos o tres veces más hasta que mi hermana, con tantas piruetas, perdió el equilibrio, soltó la bicicleta y fue a dar aparatosamente contra el pavimento. Los gritos intermitentes que daba cuando perseguía al hombre se convirtieron en inconsolable llanto de dolor. Lo primero que hizo el hombre cuando al fin se liberó de la persecución fue dirigirme una mirada fulminante de reproche a mí que me partía de risa sentado en la acera. Fue un reclamo justo, lo confieso, porque yo no me reía por la caída de mi hermana sino por los saltos que daba el hombre, que parecía esquivando charcos de agua en el pavimento. Luego se acercó a mi hermana, le dijo alguna palabra de cariño, le ayudó a levantarse y ella vino a mí, trayendo la bicicleta cogida por el manillar. Creo que fue la última vez que Conchita montó en la bicicleta y jamás olvidó aquel episodio. Ya siendo adultos y ella madre de dos hijos, nos acordábamos de cuando ella “jarreteó” a un transeúnte con la bicicleta.

Yo, en cambio, continuaba feliz y entusiasmado con la bici. Poco tiempo después de terminadas las lecciones me atreví a ir más allá de nuestra calle escuela, primero, dando la vuelta a la manzana y después recorriendo el pueblo entero. Fui a la milagrosa; llegué hasta La Buena Esquina subiendo por una leve pendiente bordeada de casas con aleros de tejas, excepto la de las pencas en la entrada y techo de paja a la que llamaban La Chozza de Suárez porque allí nació Marco Fidel Suárez, un presidente de Colombia; llegué hasta barrios tan alejados como La Calle Arriba, cuya existencia conocía sólo de oídas. Nunca habían tenido mis padres un mensajero tan eficiente como yo. Estaba encantado de que me enviaran a la farmacia a comprar la sal de Inglaterra que Mamá usaba como laxante o el nitro para adobar las carnes. Por propia iniciativa le llevaba a Papá una Maltica a su sitio de trabajo y, cuando nació Jesús Enrique, mi hermano, siguiendo las instrucciones de Mamá, fui de casa en casa donde todos los conocidos del pueblo a “ofrecer” al recién nacido.

Cuando fui al cole por primera vez en la bicicleta, todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, me hicieron la misma pregunta: “¿ya pagó la bisoñada?” Yo no entendí el significado de la pregunta y fue Fernando Patiño quien se encargó de explicármelo. Patiño era un negrito de cuerpo menudo, buscapleitos él, que se preciaba de no tenerle miedo a nada. Una vez que se enzarzó a puñetazo limpio con otro de los brabucones de mi clase, lo desafió a que fueran a pelear delante de la estación de policía. ¡y pensar que ninguno de ellos llegaba a los diez años! El hecho es que su explicación sobre la bisoñada fue paradójica porque demostró que eso de no tenerle miedo a nada era puro bla bla. Me dijo que la bisoñada era la primera caída después de que uno aprendía a montar en bicicleta; que a todos, tarde o temprano les llegaba y que, según le había dicho su padre, podía ser

mortal. Por esa razón, él ni sabía montar en bicicleta, ni tenía intención de aprender. Lo escuché con atención, pero para mis adentros me reí de su fantasía. El tamaño de mi cicla se adaptaba tan bien a mi estatura, que me parecía imposible caerme y menos de una manera tan aparatosa, que la caída tuviera nombre propio: la bisoñada.

Un día, otro de mis condiscípulos, Carlos Tobón, llegó al colegio estrenando una bicicleta con un diseño tan novedoso, que todos hicimos corro para verla de cerca. Yo noté –sin envidia– que los frenos eran de cable, no de varillas como los de la mía; el manillar era recto y pintado de color negro; las ruedas más grandes y, además, era de hombre porque tenía barra. En fin, era el modelo que estaba de moda: una cachona. Cuando terminamos la jornada escolar, Carlos y yo salimos juntos porque nuestras casas estaban cerca la una a la otra y en el camino me hizo una propuesta:

–¿Quieres probar mi bicicleta?

No sé si lo hizo por generosidad, puesto que su bicicleta era mejor que la mía, o por despertar en mí la envidia que no había mostrado hasta ese momento. El caso es que acepté encantado y cambiamos de vehículo. Al principio me sentí un poco extraño, pero luego me adapté y pude rodar sin contratiempo. Pasamos por el frente de la iglesia y cogimos calle abajo por la pendiente que lleva al barrio Niquía. Al llegar a la esquina de abajo oí un ruido de motor y, pensando que era un vehículo que venía por la calle transversal, apliqué los frenos. No contaba con que los de una cachona son más efectivos que los de mi bici y lo que hice fue parar en seco. En realidad, yo no paré porque salí despedido por el aire y fui a aterrizar en medio de la calzada. No recuerdo si lloré, pero quedé con el pantalón roto, las manos y rodillas raspadas y ensangrentadas y un dolor en la cadera que casi no me dejaba caminar. Carlos vino en mi auxilio, me ayudó a levantar, recogió las bicicletas y me dijo:

–Vamos a la casa de don Camilo que está aquí cerca.

Camilo Torres fue mi profesor en segundo y en tercero de primaria y era un hombre bondadoso que trataba a sus alumnos como si fueran sus hijos. Me hizo entrar a su casa, comprobó que no tenía fracturas, me untó Linimento Sloan en las heridas y me dio Mejoral para los dolores. En otras palabras, me mimó un poco y yo quedé como nuevo.

Carlos y yo salimos para nuestras casas, eso sí, cada uno en su propia bicicleta. A partir de ese día monté más relajado en la mía porque ya no tenía temor de matarme en una caída. Al fin de cuentas, Fernando Patiño tenía razón: el que aprende a montar en bicicleta paga la bisoñada y yo ya la había pagado.

EL RELOJ DE MARIA RITA

María y Maria Rita —Maruja y Rita— fueron las dos únicas tías abuelas que conocí. Como lo expliqué antes, eran hermanas de mi abuelo materno José Vicente González, Tete, muerto mucho antes de que yo naciera. Maruja, la mayor, era baja de estatura, quizás encogida por más de ochenta años de existencia y por el peso de su cuerpo más bien rechoncho. Cojeaba un poco al caminar y usaba unas gafas de marco negro y cristales redondos a lo Benjamín Franklin. Rita, un poco menor que su hermana, era alta y delgada, con un dejo de tristeza o amargura en su rostro. Tenía un pelo largo y blanco que enrollaba todos los días en forma de moña apretada, sostenida por medio de pinzas de alambre. No usaba gafas, pero algún defecto debía tener en la vista porque, cuando quería ver algo en detalle, por ejemplo, una moneda, la acercaba tanto al ojo, que parecía que la tocaba con las pestañas. A Maruja la adoraban todos los hermanos de Mamá, en especial las mujeres, porque era dulce y tranquila. A Maria Rita, en cambio, le tenían una cierta aprehensión debido a su carácter hosco, hasta el punto de que le retiraron casi del todo el mote cariñoso que le decían cuando niña, debido al color claro de su pelo: la Mona. Ahora le decían simplemente Rita. La única que la llamaba por un sobrenombre entrañable era Mamá que siempre le decía Mariarria.

Cuando yo apenas tenía uso de razón murió Maruja, y Rita, que no tenía un cristo en qué caer, se fue a vivir con Concha y Cristina, las dos hermanas solteras de Mamá, a las que mis hermanos y yo siempre llamábamos Coche y Crispe. Las pocas pertenencias de Maruja consistentes en unas cuantas acciones empresariales de las que recibía una pequeña renta y algunos enseres personales, pasaron a manos de Rita. Ella fue regalando como recuerdos los objetos que no necesitaba, en especial a las sobrinas que iban a hacerle la acostumbrada visita de pésame. Entre ellas estaba Mamá. Un día nos llevó a mi hermana mayor Conchita, a Myriam, menor que yo, y a mí, a que pasáramos una breve temporada con las tías, como lo hacíamos siempre en las vacaciones de mitad y fin de año, y de paso para cumplir con el deber sagrado de esa visita. Nuestra llegada fue una alegría, pero no se abandonó del todo la severidad del duelo pues, tanto Mamá, como Rita y mis tías vestían de luto riguroso y de cuando en cuando interrumpían la conversación y rezaban oraciones por el alma de Maruja, siempre acompañadas de algunas lágrimas. En un momento dado, Rita se retiró a su alcoba llevando consigo a Mamá para darle una pequeña herencia de la tía muerta. Conchita, que pareció adivinar la intención, se fue detrás de ellas sin decir palabra. Al poco rato regresaron, Mamá con un par de arracadas de carey de color negro y Conchita con un reloj despertador blanco que tenía dos campanas externas. Al ver que mi hermana recibía herencia de Maruja y yo no, debí poner una cara tan desoladora que Rita, movida a compasión, volvió a entrar a su alcoba y regresó trayendo para mí un reloj despertador azul, un poco más pequeño que el de Conchita y sin campanas. Es justo reconocer que, a pesar de su temperamento difícil, Rita fue siempre muy especial conmigo y se mostró tolerante incluso cuando le hacía pesadeces de niño travieso. Recuerdo una vez que ella estaba sentada en su mecedora, como lo hacía todas las tardes, fumando un puro delgado —al que ella llamaba “calilla”— que ella misma liaba a partir de hojas de planta de tabaco. Yo estaba revoloteando alrededor suyo y se me ocurrió escalar su silla pasando del balancín al brazo izquierdo, llegando hasta la parte alta del espaldar y bajando por el lado derecho. Quizás fantaseaba con ser un explorador escalando una montaña alta, o un acróbata de circo haciendo piruetas en una torre de taburetes. Hoy casi ni puedo imaginar cómo serían los movimientos de la mecedora y a la pobre anciana tratando de embocar la calilla para darle

una calada. A pesar de ello, no dijo una palabra. Fue Crispe la que vino en su auxilio para reconvenirme con una de sus mentiras piadosas:

—Negro, dejá en paz a la tía que está enfermita.

Mientras que para mi hermana su reloj blanco fue un recuerdo que conservó durante muchos años, incluso después de que se casó, el despertador azul fue para mí el juguete más extraordinario que me habían dado hasta entonces. Aunque ya existían, yo no había tenido jamás un juguete de cuerda y éste, no sólo la tenía, sino que sus manecillas se podían mover, hacía tic tac como el reloj de una pieza de música que oí un día con Papá y sonaba un timbre a la hora que yo quisiera. Por el frente tenía, sobre fondo blanco, dos manecillas desiguales para indicar las horas y los minutos y una tercera aguja en miniatura que era excéntrica, para ajustar la hora a la que debía sonar la alarma. Por detrás tenía dos tornillos moleteados, uno para mover el horario y el minuterio y otro para ajustar la mini aguja de la alarma. Tenía, además, dos llaves en forma de mariposa para darle cuerda, una para que el reloj pudiera andar y otra para accionar la alarma. Me imagino que el lector ya se habrá imaginado que pasé los días siguientes y parte de las noches manipulando mi nuevo juguete. Ponía una hora con la pequeña manecilla de la alarma y luego movía lentamente y en cualquier sentido, el minuterio y el horario hasta que la alarma se disparaba riiiiiiiiiiiiing. Y esto lo hice una y otra vez sin respeto alguno por el duelo en el que estaba sumida la casa de mis tías. Esa tarde, mientras Mamá estuvo allí, los enloquecedores rirines de mi juguete fueron menos notorios porque ella, que era la menor de los veintiún hermanos, le inyectaba alegría al ambiente severo de la casa. Tan pronto Mamá se fue, los continuos y estridentes sonidos de mi despertador pasaron de ser una gracia infantil a una espantosa tortura para todos, menos para mí. María Rita no me decía nada, pero ante mis tías se quejaba de que estaba “encabezada” es decir, que tenía la cabeza a punto de estallar. Muchas veces le oí esa expresión y, en ocasiones, la matizaba de una manera muy elocuente: “tengo la cabeza como la catedral de Villanueva”. Mis tías al principio tampoco dijeron nada, pero Coche se tapaba los oídos y Crispe se santiguaba y rezaba jaculatorias.

Al segundo o tercer día llegó el milagro que puso fin a esa histeria silenciosa: el reloj de Rita dejó de funcionar. Entonces toda la angustia acumulada por esas tres almas de Dios se trasladó al niño que era yo, que desde entonces no tuvo consuelo. Mis tías intentaron todo lo que les vino a la imaginación para consolarme, desde llevarme a comer moros al Astor, hasta prometerme que me regalarían un reloj mejor que el de Rita cuando llegara el día de mi cumpleaños. Incluso me amenazaron con llamar a Mamá para que me viniera a recoger si no me calmaba, pero todo fue en vano. Fue mi tía Crispe la que dio con la solución.

—Pater —así me decía en los momentos en los que quería mostrarse más cariñosa— mañana sábado viene tu primo Julio González que es el mejor relojero de Medellín...

—¿Mejor que don Marcelo? —interrumpí.

—Mucho mejor, —me dijo mi tía. Y añadió:

—Es el que le arregla los relojes al señor arzobispo. Yo le digo que te repare el tuyo y te lo deja como nuevo.

Crispe era especialista en decir mentirijillas, pero no era buena porque pronto olvidaba que las había dicho. El cuento del señor arzobispo ya me lo había echado pocos días después de mi primera comunión. Entre los regalos que recibí aquel día, uno de los que más aprecié fue una colección de cuentos para niños, en dos tomos encuadernados en pasta dura. Estando yo enfrascado en la lectura de uno de ellos, se deslizó de entre mis

manos y cuando casi llegaba al suelo lo alcancé a agarrar por la cubierta, con tan mala suerte que el libro se descuadernó, yo me quedé con las dos pastas en la mano mientras que las hojas fueron a parar al suelo. Mi desconsuelo fue tan grande que rompí a llorar, pero mi tía vino a mí como buena samaritana y me calmó diciendo:

—No te preocupés negro —era otro de los moteos que me tenía— que yo lo arreglo.

Cuando vio mi cara de incredulidad, añadió:

—Yo soy muy buena encuadernadora. Yo le arreglo los libros al señor arzobispo, —y agregó para confirmar su afirmación:

—¿No es así, Concha?

Coche, un alma justa que nunca supo decir una mentira, se vio obligada a reafirmar la de su hermana y lo hizo con un lacónico “muy cierto”.

Así que, con respecto al despertador, lo del arzobispo no me convenció, pero, ingenuo de mí, me tragué el cuento al enterarme de que mi primo Julio era mejor relojero que don Marcelo. Marcel Willemieur era un relojero suizo que los dueños de la Joyería París habían traído para que se encargara del taller y era muy conocido en Medellín. En mi casa se hablaba muy bien de él porque había hecho casi un milagro con un reloj pequeñísimo de Mamá que se había estropeado y ya todos daban por perdido. De tanto oír hablar de él, yo tenía a don Marcelo en mi imaginación como a un sabio venido de otros mundos, alto grueso, con una cabeza imponente y casi calva y unos ojos penetrantes como los de Superman, que miraban a través de unas enormes gafas. Todavía recuerdo cómo me impresionó cuando lo conocí personalmente una década después de los sucesos que narro. En lugar del super héroe, me encontré con un hombre jorobado y menudito como un jockey, metido entre una bata blanca de laboratorio dos tallas mayores que la suya. Era la personalización de la expresión popular “tener musculatura de relojero”. Guardo de él un buen recuerdo porque, a pesar de la diferencia de edades —él pasaba ya de los ochenta—, hicimos una buena amistad que duró varios años, yo boquiabierto viendo sus conocimientos de mecánica y él mostrándome la locomotora en miniatura que estaba fabricando y explicándome el error que se había cometido al ponerle a los aviones motores de gasolina en lugar de máquinas de vapor.

Ahora bien, si Julio González sabía más de relojes que Don Marcelo, ya podía yo estar seguro de que mi reloj quedaría aún mejor que cuando Rita me lo regaló. Me calmé. Crispe guardó el despertador para que Julio se encargara de él al día siguiente y por la noche estábamos todos en santa paz, tomando la merienda, poniendo adivinanzas y contando historias de miedo antes de irnos a dormir.

El sábado, un poco después del medio día, llegó Julio. Yo ya lo conocía porque iba con mucha frecuencia a pasar las tardes de fin de semana donde mis tías, en especial durante el período de vacaciones, que era cuando mis hermanas y yo disfrutábamos de nuestra temporada con ellas. Yo lo admiraba porque era la persona más extrovertida que jamás había visto y a mí, que era un niño más bien tímido, me daba envidia ver tanto desparpajo. Sus visitas a mis tías las hacía para sentarse a “cachar” que era como le decían al arte de hablar horas y horas y pontificar sobre lo divino y lo humano, sin sacar ninguna conclusión. Era alto y delgado, apenas si pasaba de los treinta, tez pálida, labios siempre sonrientes coronados por un bigote delgado y recto que le daba el encanto de un galán de cine. Venía acompañado por su esposa Manuela, más bien morena, como bronceada al Sol, también sonriente, pero más retraída que mi primo. Fui yo quien le abrió la puerta impulsado por la ansiedad que producía mi despertador enfermo y él me saludó muy efusivo, me preguntó cómo iba en el colegio, en qué año estaba y me puso la mano en la

cabeza; pasó a elogiar la belleza de mis hermanas, la gracia que tenía el par de trenzas que Conchita siempre llevaba, y a decirle que ya era toda una señorita. Saludó a mis tías:

–Qué tal Cris, hola Concha, Rita cómo estás –y pasó directo a la sala sin más preámbulos.

Yo esperaba que mis tías le informarían, tan pronto llegara, acerca de la tragedia de mi despertador, pero no fue así. Lo atribuí, no a un olvido, sino a la presencia de Manuela que acaparó toda su atención. No paraban de lisonjearla y de hacerle preguntas en ráfaga que ellas mismas impedían que tuvieran una respuesta. Que cómo estás de pispá, que qué vestido tan bonito, que quién te lo hizo, que cómo están las niñas, que si muy grandes, que por qué no las trajeron, que con quién las dejaron, y así, una tras otra durante un buen rato; luego pasaron a hablar de la situación política, de que a Rojas lo van a detener para juzgarlo, de las elecciones del próximo mes de mayo, de que hay que votar por el Frente Nacional y entre estas y otras elucubraciones llegó la hora del algo o merienda de la tarde. Aplacé mi ansiedad para después porque ahora tenía el sagrado deber de todo buen antioqueño, de acompañar una taza de chocolate con pastelitos de gloria, mojicones y otras pastas a las que se da el nombre genérico de “parva”. Cuando ya casi terminábamos, Julio le dijo a mi tía Crispe:

–Cris, te traje los versos que me pediste, –y sacó del bolsillo dos hojas escritas a lápiz por lado y lado.

–Vamos a la sala, –dijo Crispe.

Pensé que por fin en la sala se le daría solución a mi problema, pero estaba equivocado. Crispe recibió los papeles de Julio y empezó a leer los versos con voz pausada y preguntando de vez en cuando “¿qué dice aquí?”. Era una parodia del Himno Nacional, que circulaba por las calles de todas las ciudades en forma oral, relativa al derrocamiento del dictador Rojas Pinilla.

Oh gloria inmarcesible. Oh júbilo inmortal

Cayó Rojas Pinilla y se perdió un platal.

Cesó la horrible noche, la libertad sublime

Al comenzar la aurora de mayo 10 brilló.

Y la nación entera que entre cadenas gime

Rechaza las palabras del dictador que huyó.

Y así con diez estrofas más del himno, describiendo las atrocidades y el latrocinio al que fue sometido el país durante el régimen. En una se refería a Carola, la esposa del derrocado:

Carola sus cabellos arranca en agonía.

Por no quedarse viuda al dictador siguió.

Lamenta sus palacios del Llano y tierra fría

Y a su Melgar y a SENDAS y el grado que logró.

Cuando terminó la lectura, Crispe trajo dos cuadernos escolares. En uno de ellos tenía anotadas de su puño y letra decenas de poesías que iban desde las infantiles de Rafael

Pombo hasta versos populares jocosos, casi todos anónimos, algunos de ellos con extensión de varias páginas, como aquel que decía:

Hay en mi tierra un gran Simplicio

Que tiene un vicio muy singular:

Demonio de hombre que a cada cosa

Distinto nombre le suele dar.

...

Y llama verde lo colorado

Y al desgraciado llama feliz;

A la totuma le dice taza

Y a la linaza la llama anís.

...

Crispe metió las dos hojas de papel en el cuaderno y abrió el segundo. Era el libro de las charadas con las que se ponían retos que mantenían a todos los presentes en silencio durante largos períodos de tiempo. Yo reconocí el cuaderno y perdí toda esperanza de la reparación de mi reloj porque ya sabía por experiencia que la solución de charadas era una actividad que duraba toda la tarde, hasta que Julio se marchaba. Puesto que se trataba de un pasatiempo difícil, lo primero que hacían era inventarse una de fácil solución para que mis hermanas y yo tratáramos de resolverla:

“La primera, una consonante; la segunda una nota musical; la tercera una negación. El total, para llegar a la casa.”

Se trataba de adivinar una palabra, a la que llamaban “el total”, compuesta por tres sílabas descritas en el enunciado como primera, segunda y tercera. Mientras nosotros buscábamos la solución a nuestra charada, —camino— ellos se retaban con otras más avanzadas, todas en verso y algunas tan extensas que ocupaban una página entera del cuaderno. Una de las más cortas, relativa a la actividad más común de la época que era la práctica de la religión y en la que no se hace distinción entre las letras *s* y *z*, decía:

Me dijo total tomando primera:

si quieres ser bueno, segunda tercera.

Y otra, para cuya solución hay que recordar que era la época de los zapateros remendones:

Con una preposición

Y tres musicales notas

Yo puedo hacer que sus botas

Le queden buenas y nuevas

Aunque estén viejas y rotas.

La mejor para resolver charadas era mi tía Coche que, recordémoslo, era ciega. Memorizaba toda la retahíla por larga que fuera y se concentraba de tal manera que no volvía a modular palabra hasta que daba con la solución. Muchas veces soltaba de repente

una palabra que no tenía nada que ver con la última charada propuesta, por ejemplo “alicate”. Todos se sorprendían al ver que no concordaba con el enunciado, pero ella se refería a otra charada que se había propuesto antes y se había abandonado porque nadie había podido encontrar la solución. Después de un buen número de charadas resueltas, se acordaron de nuestra presencia y fue Manuela la que se dirigió a nosotros:

—A ver niños, ¿ya resolvieron la charada? —y añadió:

—Cómo era, Concha?

Y Coche la repitió:

—La primera, una consonante; la segunda una nota musical; la tercera una negación. El todo, para llegar a la casa.

Fue entonces cuando notaron que yo estaba triste, compungido y casi a punto de llorar. ¡Con toda razón! Se estaba acabando el día y no se había mencionado el problema de mi reloj. Crispe entendió al instante la razón de mi tristeza e inmediatamente reaccionó:

—Julio, vos que sos tan buen relojero, ¿le podrías arreglar el despertador que se le dañó a Antonio?

Seguramente acompañó la pregunta con un guiño de ojo, que yo no vi, para indicarle que le siguiera la corriente.

—Claro que sí, por supuesto, —dijo Julio y añadió dirigiéndose a mí:

—Dejame yo lo veo.

Fue mi tía la que trajo el despertador y se lo entregó a Julio. Él lo miró detenidamente sosteniéndolo entre las manos, con los codos apoyados sobre las rodillas, como la escultura de Rodin.

—Qué bonito, —dijo mientras lo examinaba con parsimonia.

Giró el tornillo de las manecillas y observó que estas se movían; pasó al de la alarma e hizo la misma comprobación; por último, intentó dar cuerda por medio de las dos mariposas. Dejó de manipularlo, lo sostuvo ante sus ojos por un largo rato, quieto como una estatua y, por fin, me dijo:

—Vení yo te explico.

Yo me acerqué. Él me rodeó con su brazo derecho mientras sostenía el despertador con su mano izquierda y me explicó muy despacio, primero, el estado de mi reloj, y luego el ABC de la relojería.

—Podés estar tranquilo porque este reloj es muy bueno y está muy fácil de reparar.

Suspiré tranquilo y él continuó:

—Por dentro tiene una maquinaria especial compuesta por muchas ruedas que giran y todo está sostenido por medio de unos tornillos tan pequeñitos, que para verlos se necesitan unas gafas muy especiales.

¡Cuál no sería mi fascinación ante una descripción tan vívida de las entrañas de un reloj! Hoy, que los relojes son desechables, cualquier niño sabe lo que tienen por dentro, pero no ocurría así hace sesenta años cuando eran ejemplares casi únicos, hechos para acompañar a su dueño durante décadas. Mi primo prosiguió:

—Para repararlo se necesitan herramientas que también son muy especiales, y yo las tengo, pero no las traigo conmigo.

¡Qué desilusión para mí! Julio continuó:

—Lo que vamos a hacer es lo siguiente: Te vas a llevar el reloj y la próxima vez que vengás donde Concha y Cris, lo traés. Yo vengo con mi herramienta y mis gafas y lo reparamos en unos minutos.

Caso cerrado. Julio me entregó el reloj y yo lo apreté contra mi pecho sin hacer la más mínima objeción a su propuesta. Mi primo Julio González no sólo tenía apariencia de actor, sino que sabía actuar y lo había hecho tan bien, que yo estaba más feliz ahora que cuando Rita me hizo su regalo. La suerte, sin embargo, jugó en contra mía —¿o debería decir que jugó en favor de Julio? — porque al año siguiente me fui a estudiar a Popayán y ya no volví a pasar mi temporada de vacaciones donde Coche y Crispe. Las pocas veces que volví a ver a Julio fue en circunstancias especiales, cuando coincidíamos en el entierro de algún familiar. Seis décadas después, sin embargo, sigo muy agradecido con él porque, después de aquella tarde, el que había sido para mí sólo un juguete, pasó a ser una joya que cuidé durante años con la esperanza de fuera reparada por el mejor relojero de Medellín.

LA PRINCESA DE CURLANDIA

1

Vera Rickert se chupó el dedo untado de la crema que acababa de batir, cerró los ojos por un instante al tiempo que concentraba su atención en el sabor y emitió el sonido de aprobación: Hmmm. Tapó con un trapo secador el batido, levantó el liencillo que cubría la torta de cuatro libras preparada desde la víspera, se extasió observándola por un momento, la tapó de nuevo y llamó con una voz aguda, subiendo y bajando el tono para imprimirle musicalidad: "Jura". No se sorprendió al no recibir respuesta. Sabía que su hijo estaba despierto desde el amanecer, sentado en la cama, haciendo cuentas en el cuaderno cuadriculado que le servía de libro de contabilidad, pero en casa era hombre de unos pocos monosílabos que usaba sólo en caso de estricta necesidad. "Jura, ya va siendo hora de la foto". Insistió con su voz cantada en un alemán perfecto.

Faltaban todavía 3 horas para la cita en la fotografía de enfrente y, aunque ella sabía que podían llegar a cualquier hora, sentía que tenía que estar allí a las once en punto porque no había podido acostumbrarse a la flexibilidad latina de los horarios. Esa falta de rigor de los suramericanos le parecía de un primitivismo encantador. Hacía ya trece años que había salido de su país en un viaje provisional, mientras se hacían los ajustes políticos de posguerra en Europa, pero ella nunca se sintió lo bastante segura como para regresar. Ahora su hijo se iba a casar en tierras de América, a pesar de lo cual ella creía en su fuero interno que su situación actual era interina y que se encontraba allí sólo de paso. Era alta, delgada, garbosa; su peinado en forma de moña sobre la coronilla añadía tres centímetros más a su estatura; sus ojos de cielo estaban enmarcados por las primeras arrugas de pata de gallina, muy tardías si se piensa en los cincuenta y cinco años de una existencia vivida entre las premuras de una refugiada y las privaciones de un pueblo dominado. Quien desprevenidamente mirara su porte, no hubiera imaginado que su pueblo perteneció a los suecos, a los polacos, varias veces a los alemanes, otras tantas a los rusos y que en los últimos setecientos años saboreó la independencia solamente veintidós, después de la guerra del dieciocho. Mirándola podría pensarse que su estatura se componía de varias tallas: los uno setenta de su altura, los tres centímetros de su moña y la talla de su dignidad que la hacía aparecer más alta, casi tanto como su hijo Jura. Fue ese porte distinguido el que aumentó el mito de su nobleza entre los habitantes de Bello. Recién llegada al pueblo, cuando conocía apenas unas pocas palabras en castellano, dijo que ella había sido reina de Curlandia y todo el mundo lo creyó sin verificarlo. Ella nunca lo negó, ni siquiera nueve años después, cuando ya era dueña de un agraciado castellano, con una gramática impecable. Estaba casada con Alexander Rickert, un alemán sesentón alto y acuerpado que trabajaba para el Ferrocarril de Antioquia. El Doctor, como le decían en el pueblo, vestía siempre traje elegante con chaleco y cubría la desnudez de su cabeza con un sombrero alón de fieltro.

Después de escuchar varias veces el llamado cantarín de Vera, Jura guardó el cuaderno en su carriel envigadeño y empezó a alistarse. Se bañó con el chorro vivo de agua fría que salía del tubo del baño, se secó, y se anudó la toalla en la cintura a modo de falda. Sacó de su baúl de ropa el traje de paño verde y él mismo lo planchó en la mesa del comedor, al lado de la torta que su madre acababa de terminar. Luego seleccionó la camisa blanca más nueva y la repasó con la plancha, con excepción del cuello y de los puños. Éstos necesitaban ser almidonados para que tomaran la contextura acartonada y brillante, y esa labor requería pericia para ser realizada. Vera completó esa parte de la tarea y Jura se vistió con rapidez, como siempre lo hacía, pero con más cuidado que nunca.

Tenía veintisiete años y seguía siendo delgado, como cuando desembarcó en Cartagena de Indias nueve años antes. Sus cabellos claros, que ya empezaban a abandonarlo y sus pestañas y cejas amarillo pálido, permitían adivinar al instante su origen extranjero. Hablaba con fluidez alemán, letón y turco, y un castellano casi perfecto. Los pocos errores de dicción que conservaba, eran para él una herramienta de venta más que un defecto de lenguaje. Desde que llegó al pueblo se había iniciado en el oficio de merchant, primero de chucherías traídas de San Antonio de Táchira y luego como regatero de telas. Vendía de puerta en puerta los géneros de Turquía, las sobrecamas de Viena, las alfombras de Persia, todos ellos conseguidos con los contrabandistas que traían mercancía de Coveñas y de la Guajira.

Era conocido en todo el pueblo por la excentricidad de su atuendo, pues a su sombrero de fieltro y a su traje de paño con corbata, añadía un guarniel de piel de tigrillo, como los que usaban los campesinos de la región, que se terciaba por encima de la chaqueta. En la muñeca derecha llevaba una esclava de plata maciza y en el meñique un anillo de oro con una gran piedra roja.

Los Rickert vivían en la calle 51, la principal del pueblo, en la que estaban la iglesia, la alcaldía, una de las dos únicas salas de cine, llamada "Teatro Rosalía", las casas de las familias más prestantes y docenas de cantinas que se tragaban los sueldos de los obreros que trabajaban en las fábricas de telas, y los jornales de los campesinos.

Casi al frente de los Rickert vivían los Saldarriaga que en ese momento también se preparaban para ir a la "Foto Pineda", a posar para las fotografías familiares con motivo de la boda de su hija Rocío con Jura. Carlos, el padre de la novia, había llegado esa mañana a las cinco, de la finca La Bolsa, en la que llevaba una vida de ermitaño quebrantada tres veces a la semana, cuando bajaba al pueblo a traer los productos agrícolas. A sus sesenta y siete años seguía siendo un campesino con casa en el pueblo pero con el atuendo y el alma de los arrieros. Era parco en todo: en la bebida y en la comida, pero en especial en las palabras que pronunciaba siempre en voz muy baja y sólo por necesidad o por cortesía. Ángela Vélez, su mujer, que se encargaba de administrar la casa del pueblo, era de un temperamento opuesto al tranquilo y reservado de su marido. Veinte años más joven que él, era activa, extrovertida y dinámica, una mujer que quería controlarlo todo, pero todo se le salía de las manos. Nunca sabía el paradero de sus hijos, preguntaba todo el día dónde habría dejado tal o cual cosa y su casa era un caos total, con aperos de labranza en el comedor, cerdos y gallinas en la cocina y sillas de montar en las camas o en los muebles de la sala. Desde hacía dos años se habían levantado las baldosas del corredor central, desde la puerta de entrada hasta la trasera del solar, para hacer unas reparaciones en el alcantarillado, y a esas alturas no se sabía cuándo se terminaría la obra, porque nadie trabajaba en ella desde hacía meses. Para moverse por la casa, habían tendido puentes de tablones que la atravesaban a todo lo largo, con otros transversales que entraban a la sala, al comedor, a la cocina y a cada una de las alcobas. Habían adquirido una habilidad tan grande de equilibristas de circo, que caminaban con más facilidad ahora que cuando estaban las baldosas, y jamás nadie había tocado el fango de esas trincheras, a pesar de que los hijos llegaban achispados varias veces a la semana.

Ese día, como excepción, Ángela Vélez sabía dónde estaban dos de sus seis hijos: Luis, porque era el mejor amigo de Jura Rickert, y Rocío, porque era la novia. Una hora antes de la cita en la fotografía, Luis estaba casi listo para salir pues sólo le faltaba terminar de afeitarse, cosa que hacía con una cuchilla que sostenía entre los dedos índice y cordial, sin necesidad de maquinilla. Era de tez blanca, ojos habanos y sonrisa permanente, alto y fornido como conviene a un comerciante de caballos. Rocío, en cambio, aún no se había levantado, y no parecía importarle el hecho de que ella era la principal protagonista en la

toma de las fotografías. Era así, indómita, y rebelde. Antes de su noviazgo con Jura, Luis la definió con dos palabras: una potra cerrera. Era de baja estatura y se veía aún más baja por su manía de andar descalza, pero tenía el cuerpo proporcionado, quizás un poco subido de carnes, en especial en el pecho, que le gustaba lucir usando escotes atrevidos. No había cumplido dieciocho años. Tenía piel canela, manos pequeñas, ojos garzos, nariz recta, labios sensuales y cabellera negra que le llegaba más debajo de los hombros.

Luis Saldarriaga había conocido a Jura Rickert por casualidad, meses atrás, un día que éste salió de su casa con la rabia a flor de piel. Esa mañana se despertó temprano pero no salió a vender sus géneros de puerta en puerta, como de costumbre, sino que estuvo encerrado en su cuarto haciendo cuentas con lápiz y papel durante varias horas. A eso de las diez se levantó para ir a buscar algo de comer en la cocina y, al ver que la alcoba matrimonial estaba abierta, instintivamente se dirigió hacia allá. Vera estaba sola porque el doctor se había atrincherado en su sillón de la ventana de la sala a ver pasar el pueblo entero calle arriba y calle abajo y a enseñarle sin éxito, a la guacamaya policromada, a decir "hola doctor soy liberal, por eso los godos me van a matar". Vera no vio a su hijo cuando entró. Estaba ensimismada, mirando el anillo que tenía en la palma de la mano y hablando en voz baja. Cuando Jura le habló, se asustó y con rapidez de prestidigitador lo metió en una pequeña bolsa de terciopelo rojo y lo apretó contra su pecho.

—¿Puedo verlo? —dijo Jura.

—No —respondió Vera—. Es para mi nuera y nadie lo tocará antes que ella.

Lo dijo con cierta malicia porque, no sólo sabía que Jura no tenía novia, sino también que las únicas mujeres a las que trataba eran las disolutas de los cafés del pueblo y las desenfrenadas del barrio de tolerancia. Su respuesta era, por tanto, una insinuación que le hacía, a que dejara su vida libertina y formara un hogar con una muchacha decente.

Jura sabía desde niño la historia del anillo, la única joya que le quedaba a la madre de su juventud en la querida Curlandia. Era una exquisita pieza de oro blanco, diseñada y fabricada por Wilhelm Bolin, con incrustaciones de porcelana y unas minúsculas hojas de laurel en filigrana en las que estaban engastadas una perla blanca y una negra. Valía más que todos los bienes que Alexander y Vera habían tenido en casi treinta años de matrimonio. Vera le tenía un fervor casi pagano, le hablaba y confiaba en que algún día pasaría a la siguiente generación, como había pasado de su abuela a su madre y después a ella. Lo llevaba siempre en su bolsa de terciopelo atada al sostén y no se había desprendido de él desde que salieron de Esmirna nueve años atrás.

Ante la negativa de su madre a mostrar la joya, Jura soltó una imprecación en turco, salió a la calle dando un portazo y no pronunció una sola palabra en su casa durante las próximas dos semanas.

Se sentó en el café Macho Rucio y pidió una cerveza. Era un local esquinero con puertas a todo lo ancho por ambas calles, en el que una gramola con canciones de despecho competía en volumen con otras iguales en los cafés de los locales contiguos.

—Lo veo preocupado, vecino —le dijo Luis Saldarriaga desde una mesa cercana.

—Los negocios están difíciles —respondió Jura sin intención de continuar la conversación.

Durante varios años se habían visto porque sus casas quedaban en la misma calle, pero nunca habían pasado de saludarse cuando se cruzaban, moviendo la cabeza, levantando las cejas y diciendo una palabra incoherente.

—Si por allá llueve, por aquí no escampa —anotó Luis Saldarriaga al tiempo que acercaba su silla a la mesa de Jura. Le tendió la mano y se presentó como si fuera un desconocido:

—Luis Saldarriaga, mucho gusto.

—Jura Rickert— fue la respuesta seca que obtuvo.

Pidieron un par de cervezas, encendieron dos cigarrillos y conversaron tan animadamente y durante tanto tiempo, que cualquiera habría pensado que eran viejos amigos. Mientras bebían más cerveza hablaron de los tapetes y de los géneros que recibía Jura desde Turquía, traídos de contrabando por la ruta de La Guajira. De la sociedad que tenía Luis con unos gitanos, para comprar caballos viejos, arreglarlos con tintes y pinturas y venderlos los miércoles en la feria de ganados como si fueran de paso fino. Hablaron de los muertos de Cali; de esa dictadura infame que acababa de anunciar que se quedaría cuatro años más en el poder; de la prohibición por parte del obispo de leer los periódicos liberales, de la gripe asiática, de Ramón Hoyos, que aspiraba a ganar por cuarta vez la vuelta a Colombia. Se mostraron sus almas al desnudo, el uno lamentando la desgracia de ser un fugitivo de la guerra europea y el otro la tristeza de no tener una profesión digna. De lo único que no hablaron fue de la Reina de Curlandia, ni del anillo que mantenía atado al corpiño, ni de la alcurnia de sus apellidos, ni de los amigos nazis que tenía el doctor en Kassel. Luis lo invitó a la finca cafetera La Bolsa, propiedad de su familia y Jura le respondió que muchas gracias y que un día de estos iría encantado. Entonces Luis le pidió que fueran un momento a su casa porque le quería regalar unos avíos de montar a caballo para que se los estrenara cuando fueran a la finca.

Cuando llegaron a la casa de Luis ambos estaban subidos de copas. Aparte de los ojos enrojecidos, a Luis no se le notaba que se había pasado en la bebida porque seguía siendo el mismo hombre extrovertido y sonriente. Jura, en cambio, tiraba para atrás su sombrero gardeliano dejando destapada la frente y, olvidando su temperamento introvertido, soltaba la lengua como una cotorra, opinando sobre lo humano y lo divino. Entraron. Luis sorteó los puentes de tablas con plena naturalidad, como lo hacía todos los días, y Jura intentó seguirlo. En la mitad de una de las tablas sintió el pandeo del puente y creyó perder el equilibrio. Se detuvo, flexionó un poco las rodillas, abrió los brazos y empezó a hacer movimientos para guardar el equilibrio como si bailara en la cuerda floja.

—¡Que me caigo! ¡Que me caigo! —fueron las únicas palabras que comprendió Luis de las muchas que Jura gritaba en cuatro idiomas.

—Quédate quieto que ya te doy la mano —le gritó Luis desde el comedor.

Al escuchar el alboroto, Rocío, que estaba sola en la casa, salió de su habitación y se quedó parada en medio de uno de los puentes de tabla, quieta como una estatua, de espaldas a su hermano y mirando a Jura, sin decir palabra. Estaba descalza y lo único que tenía puesto encima era un camión de una tela blanca etérea. Parecía un espíritu. Jura abrió los ojos y la boca desmesuradamente y se quedó paralizado con la visión. Al fondo, la puerta entreabierta del solar dejaba penetrar la luz cobriza del atardecer y transparentaba la silueta de diosa de Rocío. Le vio las curvas de escultura griega, las tetas exuberantes y la cabellera negra de amazona, flotando en el aire.

Cuando Luis llegó a socorrerlo, el peligro había pasado porque la parálisis producida por aquella visión había hecho que la tabla dejara de oscilar. Sin querer, Rocío lo había salvado de caer en el fango que llenaba la excavación debajo de sus pies.

Llegó a la puerta sano y salvo agarrado a la mano de Luis, y para entonces la visión de Rocío había desaparecido. Salieron a la calle y Luis le entregó los avíos: zamarros de cuero peludo y sogas de enlazar de veinte metros, también de cuero, encerada y con nudo corredizo en un extremo. Para el extranjero fue una verdadera sorpresa que agradeció y prometió de nuevo que algún día iría a La Bolsa. Se despidieron y Jura se fue en dirección a su casa, pero no había caminado cinco pasos, cuando se detuvo y se quedó pensativo, mirando el pavimento. Se devolvió con decisión y le dijo a Luis que todavía estaba en la puerta:

–Oye, amigo. ¿Cuándo me presentas a tu hermanita?

– Hoy no –le dijo Luis–. Que no está en condición de recibir visitas. Quedaron para el día siguiente.

Cuando Jura llegó, Luis estaba esperándolo en la puerta. Había reforzado el puente de tablas que daba a la sala, y tendió un lazo grueso, bien tensado, a modo de baranda, de manera que Jura pudo pasar sin peligro. Se sentaron y, no habían acabado de destapar dos cervezas cuando entró Rocío. Vestía un traje color violeta que se ampliaba de la cintura hacia abajo formando pliegues esponjosos y llegaba hasta la rodilla. Las dos mangas cortas y abombadas dejaban los hombros desnudos y de ellas partía un escote en V con ojales a los que se ataba en zigzag una cinta de seda blanca. Como calzado, llevaba unas zapatillas livianas y flexibles como de bailarina de ballet. No llevaba joya alguna, salvo una hebilla de mariposa con la que se cogía el pelo para formar una coleta.

Jura la vio entrar y se levantó. Era la primera vez desde que desembarcó en Cartagena de Indias que se encontraba ante una mujer en una casa de familia y no supo qué decir. Decidió imitar la forma en que se le presentó Luis el día anterior y, tendiéndole la mano le dijo:

– Mucho gusto. Jura Oleg Rickert.

Para ella también era una situación nueva en la que no sabía cómo actuar, pero salió del apuro: le tendió la mano y dijo su nombre.

– Rocío Saldarriaga Vélez.

A pesar de la diferencia de estaturas, que notaron cuando se acercaron y él debió mirar hacia abajo y ella hacia arriba, los dos parecían encantados. Se sentaron sin saber qué decir, hasta que Luis rompió el silencio.

– Es el hijo del doctor Rickert –dijo, dirigiéndose a Rocío.

– Si, ya lo he visto por ahí –respondió ella.

– Ayer no la saludé porque estaba muy asustado –le explicó Jura.

– Más asustada estaba yo al ver un sombrero con los brazos abiertos como un espantapájaros.

Rocío suplía la falta de educación refinada con una espontaneidad campechana que le brotaba por los poros y, a pesar de que hablaba sin medir el alcance de sus palabras, a Jura le pareció un modo de ser lleno de gracia. Se contaron sus vidas en una conversación larga y distendida en la que Luis apenas intervino y, cuando al fin se despidieron, los tres expresaron su deseo de que la velada se repitiera.

Y así ocurrió muchas veces durante el próximo mes con la diferencia de que Luis, que no era hombre casero, no estuvo presente sino un par de veces. Jura y Rocío conversaban ahora con gran naturalidad, sin la timidez del primer encuentro y, aunque casi siempre estaban solos en la casa, él jamás se propasó ni siquiera para tocarle una mano. Y fue mejor que no lo hiciera porque, con su carácter impetuoso, a la menor insinuación Rocío lo habría sacado por la misma puerta por la que había entrado. Algunas veces Aurora Barrientos, la mujer del servicio, se encontraba en la casa durante la visita. Entonces se aparecía en la sala con un jugo hecho de las mandarinas Reina que traía Carlos Saldarriaga de La Bolsa, y otro de naranja, que era el único líquido que tomaba Rocío.

Ángela Vélez también estuvo presente varias veces y se mostró encantada de lo bien educado que era Jura que, no en vano, era hijo de unos padres tan distinguidos. El extranjero escuchaba con atención sus historias como la de la vez que salió ella sola, revólver en mano, y echó a unos cuatros que querían robar ganado de La Bolsa. Se interesó por sus conocimientos sobre plantas medicinales y tomó notas en la libreta que

guardaba en su carriel, cuando le describió los efectos narcóticos del borrachero que, en dosis adecuada, podía dejar dormida a una persona durante varios días. Él repitió la palabra "borrachero" y ella le corrigió diciéndola sílaba por sílaba: "bo-rra-che-ro".

Poco tiempo después, Jura y Rocío empezaron a dar cortos paseos por el pueblo en los que recorrían las dos calles que había hasta la plaza principal y pronto fueron reconocidos como una de las parejas más singulares que se habían visto. "Parecen el número 10", decían algunos al verlos pasar, refiriéndose a la diferencia de estaturas. En uno de esos paseos, ellos mismos se sorprendieron cuando llegaron a la puerta de la casa de Rocío, al ver que Jura le había pasado el brazo por la espalda y le tenía puesta la mano en el hombro con tanta naturalidad, que no supieron en qué momento del recorrido lo hizo.

Antes de la navidad, a tan solo tres meses de haber hablado por primera vez, Jura le propuso matrimonio. Rocío no mostró la más mínima emoción y ni siquiera esbozó una sonrisa. Lo miró y, como si le hubiera lanzado un desafío, le respondió: "cuando quiera".

Fijaron la fecha para el próximo mes de marzo porque Jura esperaba que durante las fiestas navideñas y de fin de año los negocios mejorarían y tendría, además, tiempo para cobrar lo que le debían de la mercancía que vendía al fiado. El dinero no entró en la cantidad que Jura esperaba y necesitaba, pero en febrero decidieron presentarse en el despacho parroquial a separar fecha para la ceremonia. Años atrás, cuando los Rickert llegaron al pueblo, el cura párroco, desde el púlpito, prohibió a sus feligreses tener relación con "esos protestantes que ahora viven en nuestra parroquia". Jura sabía que sería difícil hablar con él, pero algunos amigos le advirtieron que el encargado del despacho se dejaba "untar la mano" y de esa manera le haría las cosas mucho más fáciles, le abriría las puertas del despacho y le permitiría reunirse con el cura sin problemas.

Entraron al despacho parroquial. Era un local contiguo a la iglesia, ubicado en los bajos de la casa cural, con la única puerta en el pueblo que tenía un dintel en forma de arco romano. En el interior había un cancel de madera y cristales, con una pequeña ventanilla para atender al público y una puerta lateral por la que se podía pasar al interior.

—¿Qué quieren? —preguntó a secas desde el otro lado de la ventanilla un hombre joven, colorado y sin un solo pelo en la cabeza.

—Hablar con el padre —se adelantó a responder Rocío.

—¿Para qué?

—Nos queremos casar.

—Documentos —dijo el oficinista.

Rocío puso en la ventanilla una tarjeta de identidad de cartulina color marrón en la que estaban sus datos personales y su fotografía. Jura metió la mano al bolsillo de la chaqueta, la sacó de nuevo y, sin decir una palabra ni hacer el más mínimo gesto, puso en la ventanilla un billete de veinte pesos. El hombre calvo lo miró a los ojos por un instante, recogió los dos papeles y salió del despacho hacia el interior de la casa cural. Después de un rato regresó.

—Vengan a las tres de la tarde para hablar con el Padre Rogelio Arango —dijo, y le devolvió a Rocío su tarjeta de identidad.

Al salir del despacho, Rocío miró a Jura a los ojos. No sabía si reír o estar asustada porque en los tres meses y veinte días que llevaban viéndose casi a diario, no se había percatado de la sangre fría y del temperamento maquiavélico que tenía su pretendiente.

Cuando llegaron por la tarde, el párroco los estaba esperando. Los hizo pasar por la puerta lateral y los llevó a la oficina que tenía dentro de la casa cural. En ella había un escritorio, una silla de brazos para él, y dos más sencillas para los visitantes. Estaba decorada con dos fotos en blanco y negro enmarcadas con cristal: una de Su Santidad Pío XII y otra del cardenal Crisanto Luque. El Padre, que se mostró muy amable, como si olvidara que él mismo les había prohibido a sus feligreses hablar con la familia Rickert, les preguntó el motivo de su visita. Ellos le explicaron que querían casarse a mediados de marzo, pero él no les dijo ni sí, ni no, sino que les respondió con una pregunta:

—¿El joven es católico?

—No —respondió Jura.

—¿Qué religión profesa?

—Soy luterano.

—Debo explicarles —dijo el párroco— que nuestra Santa Madre Iglesia prohíbe celebrar el Santo Sacramento del Matrimonio en caso de que alguno de los contrayentes no sea bautizado.

Rocío puso ojos de sorpresa porque no se esperaba este imprevisto, en cambio Jura permaneció impassible como si el discurso del cura no se refiriera a él.

—Además —añadió el cura— los contrayentes deben estar confirmados y recibir los sacramentos de la penitencia y de la comunión antes de la boda.

—Haremos lo que usted diga —respondió sin vacilar Jura Rickert.

—¿Está dispuesto a convertirse a la fe católica?

—Por supuesto que sí.

—Entonces deberá hacer un curso de catequesis que tiene una duración de un mes.

—Lo siento —dijo Jura— pero si la boda es en marzo, tendré que hacer el curso en quince días.

Transaron para que el curso se hiciera en las próximas tres semanas, con un costo de cien pesos, y la ceremonia de la boda costaría otros cien en los que no estaba incluida la decoración de la iglesia. Al salir del despacho parroquial, Rocío se abrazó al cuerpo de Jura, recostó la cabeza en su pecho y lloró de felicidad.

La noticia del matrimonio de Jura fue para los Rickert una sorpresa y un alivio.

–¿Quién es ella? –Preguntó el padre

–Rocío Saldarriaga, la hija de doña Ángela Vélez –respondió Jura.

–Ah, la de los caballos –dijo Alexander, refiriéndose al hecho de que en la puerta de los Saldarriaga no faltaba, o bien un caballo de los de Luis, o algunas de las mulas del padre.

–Tú estás joven y puedes echar raíces aquí –añadió –Nosotros tarde o temprano nos iremos.

A Vera, el corazón le dio un vuelco con la noticia. Había hablado alguna vez con Ángela Vélez por una razón que no conservaba en la memoria y conocía de vista a Rocío. Ahora la veía como la redentora que libraría a Jura del lodazal de los arrabales, sin saber que ya lo había salvado de caer en el fangal de los corredores de su casa. Desde ese instante la quiso como a una hija, a pesar de que no habló con ella por primera vez, sino la víspera del matrimonio, en el estudio de fotografía. Los pocos días que faltaban para la boda los pasó rememorando su propia vida y la de Jura, desde que éste nació en Estambul cuando Alexander trabajaba en los talleres del Expreso de Oriente, hasta que llegaron a Bello y Jura decidió dedicarse a la venta de mercancías.

Revivió con escalofriante realismo la salida de su patria después de la segunda ocupación por los rusos. Alexander había llegado para ayudar a la transfiguración de la nueva Letonia, durante la época de país independiente, y allí se conocieron y se casaron. Se trasladaron a Estambul durante dos años, donde Alexander fue llamado a desempeñar un trabajo temporal, y luego regresaron a Letonia. Entonces los alemanes se tomaron el poder, y el matrimonio, ya con un hijo, respiró tranquilo por un tiempo. Su efímero contento fue asesinado por el desalojo de los alemanes a manos del ejército rojo cuatro años después.

Cuando escucharon las primeras noticias de la barbarie de los nuevos ocupantes, vendieron a menosprecio las posesiones que pudieron, dejaron otras al cuidado de un alemán de Kassel, amigo de Alexander y se embarcaron en un tren de segunda clase, atestado de refugiados, hacia Checoslovaquia. Desde allí huyeron hacia Atenas y el mismo día de su llegada, el matrimonio y su hijo pasaron ilegalmente a Esmirna en el paquebote del correo, en el que era prohibido llevar pasajeros y que no tenía más camarote que los catres de lona para la tripulación. Su esperanza era llegar de nuevo a Estambul, donde tenían amigos, pero sus planes cambiaron de repente.

Se embarcaron en el Istria, rumbo a Suramérica, amparados por un falso contrato que le vendió a Alexander un traficante de refugiados, para trabajar en Argentina en una compañía ferrocarrilera inexistente. Respiraron tranquilos los veintiún días de la travesía del Atlántico y llegaron a Cartagena de Indias, donde decidieron terminar su viaje, aunque tenían el tiquete pago hasta Antofagasta. La siguiente etapa del viaje era el paso del canal de Panamá, propiedad de los norteamericanos, y temieron ser arrestados. Subieron por el río Magdalena en un vapor al estilo de los del Mississippi, y se detuvieron un par de días en Puerto Berrío.

Fue en ese viaje de siete días por agua dulce cuando Jura, aún sin cumplir veinte años, demostró que su astucia superaba con mucho la tan cacareada malicia indígena de los tropicales. En cada uno de los camarotes había un ventilador de techo para mitigar el calor sofocante y espantar los mosquitos, pero era un milagro conseguir uno de esos aparatos en buen estado de funcionamiento. Cuando los extranjeros subieron al barco, el

camarotero les instaló uno bueno en su cuarto, pensando que le darían una propina generosa, pero ésta no llegó. Los Rickert habían agotado todo su capital y ahora medían al milímetro cada centavo que salía de sus bolsillos. Esa noche, mientras cenaban en el comedor del barco, el camarotero volvió a cambiar el ventilador por uno que no funcionaba y los tres pasaron la noche en vela, luchando contra las bandadas de bichos. Al día siguiente Jura vio al camarotero jugando dominó con el fogonero y les preguntó si podía participar. Lo dejaron jugar y él, que era habilísimo para los juegos de mesa, fingió ser torpe y de las siguientes diez partidas ganó sólo una.

—¿Qué pasó con el abanico? —preguntó sin darle importancia al asunto.

—Está dañado y vale dos pesos el arreglo —dijo el camarotero.

—Le doy cuatro pesos si usted gana la siguiente partida y usted instala el abanico si yo la gano.

—Vale, míster. —Y se dieron la mano.

Esa noche el abanico estaba instalado en el camarote y Jura le regaló al camarotero una botella de ron que le costó veinte centavos.

Hicieron el viaje desde Puerto Berrío hasta Medellín en tren y las doce horas que duró fueron para ellos amenas y productivas, a pesar de las innumerables paradas, del calor asfixiante, del tumulto de pasajeros que no cabían dentro de los vagones y del ruido ensordecedor de las máquinas y de los pasajeros que cantaban a coro. Después de un almuerzo comprado por la ventanilla en la parada de Caracolí, entraron en conversación, sin saber cómo, con Germán Ochoa, un cincuentón de cachetes colorados y barriga hiperbólica y que, según él mismo se ufanaba, era amigo íntimo del gobernador de Antioquia.

Cuando Alexander le contó su intención de ofrecer sus servicios como ingeniero ferroviario, Germán Ochoa lo interrumpió con jactancia: "Eso es muy fácil. Hablamos con el gobernador que fue médico del ferrocarril durante veinte años y conoce muy bien el rodaje". Y añadió a manera de chiste: "Si no lo han cambiado de aquí a que lleguemos a Medellín". Lo dijo con conocimiento de causa, pues la costumbre era que los gobernadores duraban en su cargo unos pocos meses, y más aún, ahora que se vivían los peores momentos de agitación política que Germán Ochoa había visto en todos los días de su vida: una dictadura militar que se había tomado el poder con el apoyo de las mayorías, para acabar con la violencia guerrillera, pero que ahora oprimía a ricos y pobres por igual, sin haber cumplido su cometido.

Alexander tomó muy en serio la oferta del antioqueño, sin comprender todavía que las promesas tropicales se hacen para cumplirse en un presente que nunca llega y que las citas que se hacen en medio de aguardientes se cumplen un día de éstos. Lo comprometió sin falta para el día siguiente y anotó el teléfono donde podría llamarlo. El paisa fue fiel a su palabra y, con más de cincuenta años, Alexander obtuvo el nombramiento como ingeniero, en un país en el que es un milagro conseguir trabajo pasados los treinta y cinco. Fue entonces cuando los Rickert alquilaron en Bello la casa de la calle 51, desde la que Alexander hacía a diario la caminata hasta los talleres del ferrocarril.

La víspera del matrimonio, cuando sonaron las diez en el reloj parroquial de seis caras, Vera despertó de su hechizo de la memoria y dio el último llamado a su hijo. Cantó: "Jura.

Ya son las diez”. Toda la actividad de la casa se volcó de súbito hacia la cita de la fotografía. El Doctor se levantó de su silla de la ventana, llevó la guacamaya a la vara que había empotrado entre dos columnas del comedor, se puso el saco y el sombrero de fieltro y empezó a pasearse por el corredor que bordeaba el patio, como si estuviera esperando a alguien importante. Vera suspendió su actividad culinaria, se vistió con los atuendos que tenía preparados desde el día anterior, sacó el anillo de dos perlas, lo contempló dentro de su envoltorio de terciopelo, como si fuera una reliquia única en el mundo y la metió dentro de su corpiño cuidando de que nadie la viera. Jura permaneció sentado en el borde de su cama, pensativo, sin decir una palabra. Los tres esperaban que fuera la hora para pasar al frente, a cumplir su compromiso con el fotógrafo.

En contraste con el ritmo programado de la casa de los Rickert, la de los Saldarriaga era un caos. Carlos, el padre, llegó a las cinco de la mañana. Había salido de La Bolsa cuando aún no cantaban los gallos, no porque ese fuera el día especial de la fiesta de vísperas del matrimonio de su hija, sino porque así lo hacía tres veces por semana, lunes miércoles y viernes, y ese día era miércoles. Bajó montado en la Ojizarca, una mula baya que había comprado hacía años y que era su preferida para montar cuando había poca carga y a él le quedaba un animal en cuál poder cabalgar. Pero la mayoría de las veces hacía la jornada a pie, arreando a la Ojizarca y a otras tres mulas a las que también llamaba de acuerdo con las características de su cuerpo: la Tunga, la Cascorva y la Cuatralba. Con las primeras luces del amanecer amarraba las bestias de la reja de la ventana y bajaba la carga: dos canecas de leche, cajones de madera burda llenos de frutas, dos o tres bultos de café en tiempo de cosecha, y un costal con el mercado compuesto por yucas, plátanos, papas, maíz y algunas libras de carne pulpa. Ya aliviados los animales de su carga, les aflojaba las cinchas y les tapaba los ojos con muleras de tela de algodón; empujaba la puerta a la que Aurora Barrientos había quitado la aldaba mucho antes de que él llegara, y se sentaba en un banco de la cocina a tomarse “los tragos” con un “como amanecieron”, que era sólo un decir, porque el único habitante de aquella casa para el que ya había amanecido era Aurora Barrientos.

Pero aquel miércoles era un día especial. Cayó en cuenta en el momento de empujar la puerta, porque la encontró trancada por dentro, y escuchó ruidos de pisadas con alpargatas y cuchicheos que pretendían no despertar a nadie, queriendo que todos estuvieran despiertos. Se acordó del matrimonio de su hija Rocío que sería al día siguiente. Pero ese miércoles era el de más actividad en la casa porque a las once había que ir a la fotografía para el retrato y por la noche era la fiesta de vísperas.

-Perdone, don Carlos. Se me olvidó quitarle la aldaba. –Dijo Aurora Barrientos al abrirle la puerta.

-Cómo amanecieron –respondió Carlos Saldarriaga con su fórmula de tres veces a la semana.

Por la actividad que escuchó dentro, creyó que todos estaban despiertos y se sorprendió cuando se dio cuenta de que no había más que tres personas levantadas: Aurora Barrientos la cocinera que madrugaba todos los días a las cuatro de la mañana a amasar el maíz para hacer las arepas; Luis, el mayor de los hijos solteros, que lo saludó con un lacónico “quiubo papá” y Ángela Vélez, su mujer, que era la autora única de los murmullos, de las pisadas de alpargata y de los chirridos de las puertas que se oían desde la acera.

Cuando lo vio entrar, Ángela le enristró sin saludarlo. “Carlos mijo, recuerde que tenemos que estar a las once en la fotografía. Y vaya a ver si esa muchacha le hace caso a usted, que no ha habido dios posible que la haga levantar”. Carlos Saldarriaga no pareció escucharla. La conocía desde hacía más de treinta años y sabía que ella sabía que él no

tenía intención de ir a la fotografía; y sabía también que aunque ella le diera la orden, él no tenía que ir a despertar a su hija Rocío.

Le dijo: "Ahí están la carne y el revuelto y saquen la leche de la caneca pequeña". Y luego, se dirigió a su hijo: "Vaya miijo y échele permanganato a esa mula que se le volvió a infectar la oreja".

Carlos Saldarriaga se sentó en el banco de la cocina que estaba al pie de la boca del fogón de leña. Aurora Barrientos le tenía preparada allí una taza grande de loza del Carmen, llena de claro de mazamorra de maíz y un plato con media libra de panela quebrada. Ángela Vélez le dio un respiro a su actividad de mover todo cuanto encontraba a su paso, y se sentó en un taburete de baqueta cerca de su marido.

—Arréglese, miijo, para que vamos a la fotografía —le dijo.

—No. Yo qué voy a ir por allá —le respondió Carlos con su voz apagada.

Ella no le insistió.

—Pero mañana sí baja para que vayamos a la misa. Recuerde que es a las siete. Venga esta tarde para que vamos a comprar su vestido y sus zapatos y su camisa de cuello tieso. Vea que el doctor y doña Vera son muy distinguidos, miijo.

—Yo bajo mañana temprano —replicó Carlos a su retahíla.

—¿Y a qué horas compramos su ropa?

—Yo me voy así —le dijo al tiempo que tocaba con ambas manos su camisa de coleta. —Así me conocen ellos.

Ángela Vélez sabía que era tan terco como la Ojizarca y no insistió en el asunto del vestido. Le dijo al tiempo que se levantaba y salía de la cocina:

—¡Ay miijo!, yo tengo que ir a arrear a esa muchacha a ver si se levanta; vea la hora que es y todavía tiene que arreglarse. Tenga cuidado que parece que va a llover; tómese su agüita de cidrón antes de acostarse y no se vaya a serenar. Y no se olvide de bajar mañana temprano. Lo trataba como a un niño a pesar de los veinte años que le llevaba; le daba consejos para el cuidado de su salud como si fuera un enfermo crónico, sabiendo, como sabía, que la tenía de acero; le recordaba lo que tenía que hacer en su trabajo, no obstante que él manejaba sus fincas a su manera, desde hacía 35 años. Así era Ángela Vélez. Una mujer activa que no paraba un minuto quieta en su casa, pero ésta se mantenía en el más completo caos; dominante, aunque se dejaba dominar por Martín, el menor de los hijos hombres.

A las diez de la mañana, la casa continuaba en el mismo alboroto en que la había encontrado Carlos Saldarriaga a las seis, y Ángela Vélez seguía lanzando órdenes al aire: Aurorita, despáchele el desayuno a Jairo que lo va a coger el día para ir a la fábrica; Aurorita, vaya a ver si ya abrieron la tienda y dígale a Amado que me mande una libra de café y que me la apunte; Aurorita, téngale listo el Alka Seltzer a Tincito para cuando se levante; Aurorita esto y Aurorita lo otro y Aurorita lo de más allá. Aunque Aurora alcanzaba a cumplir la mitad de las instrucciones, no se preocupaba, porque en siete años de escucharlas a diario, sabía que más que órdenes eran un monólogo con el que Ángela Vélez descargaba la preocupación de las cosas que ella misma dejaba de hacer.

El resultado de tal alboroto fue despertar a Rocío que por fin se levantó. Aurora Barrientos, que salía a cumplir uno de los tantos encargos de Ángela Vélez, se devolvió desde la puerta saltando por los tablones y gritando:

—¡Doña Ángela! ¡Doña Ángela! Los místeres ya entraron a la fotografía.

—¡Virgen santísima! ¿Y qué hora es pues?

—Van siendo las once.

A Rocío casi se le sale el corazón. Acabó de despertar bajo el chorro frío y abundante del baño y corrió como una cabra, saltando puentes hasta su habitación. Se puso las medias veladas y la combinación, se enfundó las enaguas y entró el abdomen lo más que pudo para que Aurora Barrientos pudiera abotonar el vestido que no se había probado y le quedaba estrecho. Al mismo tiempo una vecina intentaba hacerle un peinado de moda, pero ante la imposibilidad de lograr algo decente en una cabeza que no se quedaba quieta, la dejó a medias, tomó el manto de tul y, con delicadeza de artista, se lo puso sobre el peinado a medio hacer.

—Con esto se disimula —dijo.

Por último, Rocío se montó en los tacones de aguja e intentó correr para no retrasar más la toma de la foto, pero al llegar a la puerta de la habitación paró en seco. Se dio cuenta de que no podía atravesar el puente de tablas montada en esos zancos, con una cola de dos metros que le arrastraba por detrás y con un vestido tan ancho que no le permitía ver dónde ponía el pie. Optó por descalzarse, subir el traje, las enaguas y la combinación hasta la altura de la cintura y pasar los puentes, hasta la calle, con Aurora Barrientos detrás, llevando en una mano los zapatos y en otra la cola blanca del vestido.

Cuando entró a la fotografía, los Rickert llevaban una hora esperando. Los tres se levantaron, pero no fue Jura sino Vera quien salió a recibirla. La llevó aparte y dándoles la espalda a todos los que estaban dentro del estudio y al tumulto de curiosos que se apiñaban en la puerta, sacó el anillo de dos perlas y se lo puso a Rocío en el dedo anular de la mano derecha sin decir palabra.

A la mañana siguiente las dos familias salieron al mismo tiempo para la iglesia, como si se hubieran puesto de acuerdo para marchar juntas por el pueblo. Hicieron el trayecto de dos calles a pie, sin protocolos. Delante iban Ángela Vélez con sus dos hijos, Rocío –la novia– y Luis; en la misma fila iban Jura, al lado de Luis, Vera, la madre y Alexander, el padre. Detrás de Rocío iba la última hija de los Saldarriaga, Leonisa, todavía una niña, sosteniendo la cola del vestido. Más atrás aún, iban Carlos Saldarriaga con su atuendo de arriero, sus otros hijos y algunos allegados a las dos familias. En el pueblo no se había visto una concentración tan grande de personas, desde que tres años antes vino el dictador, Teniente General, a inaugurar una avenida. A pesar de que no eran todavía las siete de la mañana, todos querían ver a la Reina de Curlandia –aunque no sabían dónde quedaba ese reino– y querían ver, por supuesto, a la vecina que desde ese día sería princesa del mismo lugar. Todas las puertas y ventanas y aceras de las dos calles que llevaban hasta la iglesia estaban llenas, pero la mayor concentración de personas se encontraba en el atrio de la iglesia, esperando que por la puerta de ese templo católico entraran los protestantes que ahora tenían licencia para hacerlo.

La ceremonia se llevó a cabo sin contratiempos. Los novios intercambiaron argollas de plata y, antes de poner la de Rocío, Jura tuvo el cuidado de sacar el anillo de dos perlas y retornarlo después a su lugar para que hiciera las veces de pisa argolla. La comitiva repitió el trayecto anterior, ahora con el tumulto duplicado, con los recién casados en el centro y con el brazo de Jura en el hombro de Rocío, como el día en que descubrieron que eran novios. Rocío caminaba como sobre una nube, hipnotizada por el ambiente y sintiendo en su ser que ella no era ella. Sin pensarlo y sin mirar a sus pies, se quitó los zapatos con tacones de aguja y se los entregó a Aurora Barrientos, para caminar descalza que era como se sentía más cómoda. Lo hizo con tanta naturalidad, que el gesto apenas si se notó. Sus pies diminutos y sus medias veladas, rotas por el roce con el pavimento se escondían debajo de la nube de gazas del vestido. Sin sentirse observada por los centenares de vecinos, ella miraba hacia arriba para ver la cara de Jura, que marchaba impasible con la mirada fija en el infinito y sin un gesto en la comisura de sus labios.

Fueron cada uno a su casa a cambiarse con premura porque en la de Rocío los esperaba el taxi que los llevaría a la estación del ferrocarril, para tomar el tren de las diez de la mañana. Como ingeniero jefe, el Doctor había hecho uso del derecho que tenía a descuentos especiales en los tiquetes y en las tarifas de los hoteles de Puerto Berrío y Barrancabermeja, propiedad de la empresa ferroviaria. Consiguió, además, que a los recién casados se les separara en el primer vagón un espacio privado, libre de las aglomeraciones normales en todos los viajes. Jura, que ya conocía el trayecto, pasó las doce horas del viaje adormilado con el arrullo del traqueteo de las ruedas y del compás de los cilindros de vapor. Rocío estuvo todo el tiempo admirando el paisaje feraz de bosques vírgenes y latifundios ganaderos. Despertaba a Jura en cada parada para comprar los productos comestibles que vendían los numerosos vendedores ambulantes: los hojaldres en Cisneros, las papas rellenas en Porce y las naranjas ombligonas en Santiago.

En Puerto Berrío estaban advertidos de su llegada y enviaron el Chrysler del 47, propiedad del jefe de estación, a que los recogiera y los llevara al Hotel Magdalena. Allí fueron recibidos a la entrada con copas de champaña que Jura aceptó haciendo una leve inclinación de cabeza y Rocío rechazó con su natural ingenuidad:

–¿Me lo puede cambiar por jugo de naranja?

–Cómo no, señora –le respondió desconcertado el camarero.

Aunque necesitaban un buen baño porque estaban tiznados por el polvillo de carbón que expulsaba la chimenea de la locomotora, prefirieron comer algo en el restaurante antes de ir a la habitación preferencial que les tenían asignada. Subieron a la media noche, no como dos recién casados, sino como si fueran un par de esposos veteranos. Tomaron una ducha por separado, primero ella que salió envuelta en la toalla, sin usar la levantadora de seda que le empacó Ángela Vélez. Jura, en cambio, salió con una pijama a rayas de pantalón largo y camisa ancha de botones. Ella lo esperaba en la cama sin nada encima, aparte de la sábana y lo ayudó a desvestirse con una delicadeza de madre, como no la había tenido jamás en su vida. Cumplieron con su deber de recién casados. Ella entre el temor a los dolores de la desfloración y la expectativa de tocar el cielo, él con la misma sensación de alivio que sentía con las ramerías del Foly Bar.

—Ese no es el amor de un príncipe —le dijo Rocío, hablándole al oído, como si alguien pudiera escucharla. Después de unos segundos, al no recibir respuesta, añadió: —Ya irás aprendiendo.

Se quedaron dormidos sin notarlo y despertaron con la sirena sorda del vapor que llegaba de Barrancabermeja. Decidieron pasar el día entero en la piscina, para descansar de los trajines del matrimonio y del viaje. Allí desayunaron, tomaron un almuerzo frugal, dormitaron y se refrescaron en el agua azul, sin subir para nada a la habitación. Rocío deseaba intentar el amor una vez más, pero prefirió esperar a que Jura tomara la iniciativa y él esperó hasta que llegaron los arboles dorados del atardecer.

—¿Quieres un jugo de naranja, Rociito?

Hacía varios días que Rocío no escuchaba ese diminutivo cariñoso que Jura usaba para referirse a ella cuando hablaba con Ángela Vélez o con su hermano Luis.

—Yo mismo te lo traeré— añadió, y se fue al bar a pedirlo.

Al cabo de unos minutos regresó y Rocío calmó su sed con medio vaso de una vez.

—No hay naranjas como las de La Bolsa— dijo, y añadió:

—Sabe a jarabe.

Estuvieron un rato en silencio, los dos en la misma hamaca, él siguiendo con los dedos el camino de los largos cabellos hasta los pechos, ella, medio aletargada, soñando en lo que vendría después de ese cambio de actitud. Ya anocheciendo, con las primeras gotas de lluvia, Jura la tomó en sus brazos, la subió a la habitación y la depositó en el lecho, con dulzor de niñera. Se acostó a su lado y se quedaron dormidos con el arrullo de un aguacero diluvial que tintineaba en las ventanas.

La sirena del vapor de Barranca la despertó y por un momento no supo dónde estaba. De repente se acordó de que estaba en el Hotel Magdalena, se acordó que era la esposa de Jura y, al no verlo, pensó que había bajado a desayunar. Se duchó con agua fría para acabar de despertar, se vistió con lo mejor que encontró en la maleta aún sin desempacar y bajó al restaurante para desayunar con su esposo. No estaba allí. Esperó un momento y luego fue a la recepción.

—¿Ha visto a mi esposo? —Le preguntó al encargado.

—Él salió y dijo que vendría a recogerla hoy domingo en el vapor de Barranca.

—¿Quiere decir hoy sábado?

—Lo siento señora, hoy es domingo.

—Pero nosotros llegamos el jueves por la noche y ayer pasamos todo el día en la piscina.

—No señora. Ayer sábado usted no salió en todo el día de la habitación y el señor nos pidió que no la despertáramos. Salió en el vapor de las once para Barranca y dijo que regresaría hoy.

—¿Y a qué horas viene el vapor?

—Llegó hace una hora. Usted misma debió escuchar la sirena.

Rocío estaba desconcertada. No entendía cómo había pasado un día entero durmiendo, no entendía que su esposo no estuviera allí con ella, no sabía qué preguntar ni a quién.

—¿Puedo saber si Jura llegó en ese vapor?

—No llegó. Nuestro personal recibe a los pasajeros en el muelle y los acompaña hasta el hotel. Puedo asegurarle que su esposo no llegó.

Se sintió desamparada. Empezó a caminar en círculos por el hall, mirando al suelo, con las manos en la cabeza. Sin pensarlo, subió las escalas para ir a la habitación y cuando bajó las manos para cogerse el vestido dio un grito de pánico:

—¡El anillo!

Abrió las dos manos frente a sus ojos, mirándolas por ambos lados. Allí estaba la argolla de plata pero faltaba el anillo de dos perlas. Bajó de nuevo al hall con las manos abiertas frente a sí y escudriñando cada centímetro de suelo. Caminó hasta el restaurante, se acercó al mostrador y sin dejar de mirar al suelo preguntó:

—¿Han visto mi anillo?

—No señora, no hemos visto su anillo— le respondió el recepcionista con la calma fingida con la que se le responde a un niño, o a un loco.

Rocío subió de nuevo las escalas sin dejar de explorarlas una por una. Con la misma actitud recorrió el pasillo alfombrado, entró en la habitación y la inspeccionó palmo a palmo con desasosiego, pero con minuciosidad de detective. Levantó las mantas con cuidado, sacudió las sábanas, lanzó lejos las almohadas y puso la maleta sobre la cama. Sacó con cuidado cada prenda y, cuando terminó, tomó la maleta, la puso boca abajo y la golpeó con fuerza esperando el milagro de que el anillo estuviera escondido en algún intersticio del forro interior. Todo fue inútil. Rocío lloró como no lo hacía desde tiempos inmemoriales, sola, sentada en el borde de la cama, con la cara entre las manos. El llanto la serenó. Se limpió las lágrimas, bajó de nuevo a la recepción y preguntó:

–¿Puedo llamar por teléfono?

–Los teléfonos se dañaron con el aguacero del viernes y no los han arreglado– le respondió el recepcionista.

Viendo su cara de angustia, le ofreció algo de tomar. Ella recordó el sabor a jarabe del jugo de naranja y pidió agua.

–Necesito llamar con urgencia a Medellín– imploró.

–Creo que puedo ayudarle– respondió el recepcionista –¿Su suegro es el doctor Rickert, ¿no es cierto?

–Sí, ¿por qué?

–Todas las estaciones del ferrocarril tienen conexión directa con los talleres que él maneja. Desde la estación podrá hablar directamente con él.

Un empleado la acompañó hasta la estación donde ella explicó que era la nuera del doctor Rickert y que necesitaba hablar urgentemente con él. El operador manipuló durante un rato el teléfono de manivela y al fin logró establecer la comunicación. Cuando escuchó la voz de Alexander al otro lado de la línea, Rocío le dijo sin saludarlo:

–Doctor, Jura se fue.

–¿Para dónde? –Preguntó Alexander.

–No me dijo, pero en el hotel dejó la razón de que vendría hoy a recogerme desde Barranca, pero no vino.

Alexander pretendió consolarla:

–No te preocupes, Rocío, que ya vendrá.

Rocío sollozaba.

–Es que tengo otra cosa para decirle.

–¿Qué será, Rociito? –Le dijo con un cariño de padre que no había utilizado jamás.

–Se me perdió el anillo de doña Vera.

Hubo un lago silencio. Al final, Rocío escuchó de nuevo la voz de su suegro:

–Repíte la llamada dentro de una hora.

Rocío se sentó sola en uno de los bancos de madera en los que los pasajeros esperaban la salida del tren. Era la imagen misma del desamparo, con la mirada baja, los cabellos largos y desordenados casi tapando el rostro y ambas manos apoyadas en el banco como si quisiera prevenirse de un desmayo. Pasada una hora repitió la llamada y se sorprendió al escuchar al otro lado la voz de su hermano Luis.

–Se fue, Luis, se fue.

Rocío no pudo decir más.

–No te preocupes que yo voy mañana en el tren.

Luego Luis añadió, refiriéndose a Jura:

–Ese ya no vuelve– y remató con una pregunta a quemarropa:

–¿Es verdad que se llevó el anillo, el hijueputa?

En ese momento Rocío aterrizó de su sueño de princesa. Revivió la sangre fría con la que el que entonces era su novio sobornó al encargado del despacho parroquial; recordó el sabor a jarabe del jugo de naranja y lo relacionó con el interés que Jura le mostró a Ángela Vélez por la planta del Borrachero. Decidió no pensar más en el asunto y volvió a ser ella. Fue la única vez en lo que le quedó de existencia que permitió que le hablaran de Jura o del anillo. Le respondió a Luis con una frase lacónica propia de la Rocío Saldarriaga que era ella:

—Allá él.